

“De conversaciones privadas a proyectos políticos” La amistad política entre mujeres de élite católicas. Primera mitad del siglo XX

“From private conversations to political
projects” Political friendship among elite
catholic women. First half of the 20th century

“Ce conversas privadas a projetos políticos”
A amizade política entre mulheres de elite
católicas. Primeira metade do século xx

Valentina Bravo Olmedo

ANID-EHESS

París, Francia

vbravolmedo@gmail.com

[ORCID](https://orcid.org/0009-0005-7099-0219) [0009-0005-7099-0219](https://orcid.org/0009-0005-7099-0219)

Patricia I. Lillo

Pennsylvania State University State College,
Estados Unidos

pil5142@psu.edu

[ORCID](https://orcid.org/0009-0000-0961-0102) [0009-0000-0961-0102](https://orcid.org/0009-0000-0961-0102)

Recibido: 3 de octubre de 2024

Aceptado: 9 de septiembre de 2025

Artículo Científico. Este artículo se enmarca en el proyecto FONDECYT Regular N° 1210855 “«¿No podríamos las descabezadas pensar con el corazón?». Comunidades emocionales femeninas de élite, Chile 1880-1940” (2021-2025), liderado por Verónica Undurraga Schüller, Valentina Bravo Olmedo y Francisca Undurraga Undurraga

Cómo citar: Bravo Olmedo, V., y Lillo, P. (2026). “De conversaciones privadas a proyectos políticos”. La amistad política entre mujeres de élite dentro del asociacionismo católico femenino. Primera mitad del siglo XX. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 30(1). pp. 184-232 <https://doi.org/10.35588/w09h3w51>



Resumen: Durante las primeras décadas del siglo XX, las mujeres católicas de élite en Chile desarrollaron importantes organizaciones sociales y educativas que transformaron el panorama del activismo católico femenino. Si bien estas instituciones han sido estudiadas desde perspectivas administrativas y socioculturales, la conceptualización y el análisis de la amistad política como motor de cambio social permanecen poco explorados. Este artículo propone definir la amistad política femenina como la convergencia de complicidades entre mujeres que, al compartir un espacio común de clase, género y experiencia histórica, movilizan sus ideas y sentires individuales hacia un trabajo colectivo con impacto público. A través del análisis de documentos personales, prensa católica y registros institucionales de la Liga de Damas (1912) y el Hogar Catequístico (1936), estudiamos las redes de sociabilidad y los vínculos afectivos entre sus fundadoras, Amalia Errázuriz de Subercaseaux y Elisa Valdés Ossa. La presente investigación contribuye a teorizar la amistad política como categoría de análisis histórico, revelando su papel fundamental en la conformación del activismo católico femenino chileno y abriendo nuevas perspectivas para comprender las formas de agencia en la historia de las mujeres católicas.

Palabras clave: Asociacionismo femenino, amistad política, mujeres de élite, catolicismo social, Liga de Damas Chilenas, Hogar Catequístico.

Abstract: During the first decades of the twentieth century, elite Catholic women in Chile developed important social and educational organizations that transformed the landscape of female Catholic activism. Although these institutions have been studied from administrative and sociocultural perspectives, the conceptualization and analysis of political friendship as a driver of social change remain largely unexplored. This article proposes to define female political friendship as the convergence of complicities among women who, by sharing a common space of class, gender, and historical experience, mobilize their individual ideas and feelings toward collective work with public impact. Through the analysis of personal documents, Catholic press, and institutional records of the Liga de Damas (1912) and the Hogar Catequístico (1936), we study the networks of sociability and affective bonds between their founders, Amalia Errázuriz de Subercaseaux and Elisa Valdés Ossa. This research contributes to theorizing political friendship as a category of historical analysis, revealing its fundamental role in shaping Chilean female Catholic activism and opening new perspectives for understanding forms of agency in the history of Catholic women.

Keywords: Women's associations, Political friendship, Elite women, Social catholicism, Liga de Damas Chilenas, Hogar Catequístico.

Resumo: Durante as primeiras décadas do século XX, as mulheres católicas de elite no Chile desenvolveram importantes organizações sociais e educativas que transformaram o panorama do ativismo católico feminino. Embora estas instituições tenham sido estudadas desde perspectivas administrativas e socioculturais, a conceitualização e a análise da amizade política como motor de mudança social permanecem pouco exploradas. Este artigo propõe definir a amizade política feminina como a convergência de cumplicidades entre mulheres que, ao compartilhar um espaço comum de classe, gênero e experiência histórica, mobilizam suas ideias e sentires individuais para um trabalho coletivo com impacto público. Através da análise de documentos pessoais, imprensa católica e registros institucionais da Liga de Damas (1912) e do Lar Catequístico (1936), estudamos as redes de sociabilidade e os vínculos afetivos entre suas fundadoras, Amalia Errázuriz de Subercaseaux e Elisa Valdés Ossa. A presente pesquisa contribui para teorizar a amizade política como categoria de análise histórica, revelando seu papel fundamental na conformação do ativismo católico feminino chileno e abrindo novas perspectivas para compreender as formas de agência na história das mulheres católicas.

Palavras-chave: Associações de mulheres, amizade política, mulheres de elite, catolicismo social, Liga de Damas Chilena, Hogar Catequístico.

Introducción

Durante las primeras décadas del siglo XX, mujeres de élite en Chile encabezaron iniciativas educativas y sociales para las clases bajas, como parte de un apostolado vinculado al asociacionismo católico, con el fin de preservar y difundir los valores del catolicismo en un contexto de creciente modernidad. Instituciones como la Liga de Damas (1912) y el Hogar Catequístico (1936), se convirtieron en emblemas de los esfuerzos femeninos por consagrar su trabajo en beneficio de la sociedad. Aunque ambas instituciones han sido objeto de estudios historiográficos, especialmente la Liga de Damas, estas han sido analizadas principalmente desde una perspectiva administrativa, social y cultural, dejando de lado las emociones que surgieron y se movilizaron en torno a estas asociaciones. En este trabajo, nos centraremos específicamente en este aspecto, poniendo el foco en la amistad política entre mujeres, un vínculo que permitió transformar



ideas individuales en proyectos colectivos, públicos y con impacto político.

En este artículo proponemos que la amistad entre las mujeres católicas de élite durante la primera mitad del siglo XX constituyó la base para el desarrollo de una conciencia colectiva y política¹. Argumentamos que esta amistad política operó simultáneamente como mecanismo de empoderamiento femenino y como espacio de reproducción de jerarquías patriarcales, pues si bien permitió a estas mujeres crear redes de poder e impulsar cambios sociales significativos, lo hizo reproduciendo modelos de liderazgo vertical, paternalista y centrado en figuras individuales. Esta doble condición revela cómo la agencia femenina en este período no operó al margen de las estructuras de poder que la condicionaban, sino desde dentro de ellas.

Mediante el estudio de las emociones políticas, demostraremos que las organizaciones femeninas de élite usaron vínculos afectivos, como la amistad, para crear espacios de poder femenino que les permitieron impulsar cambios sociales en favor del desarrollo y bienestar del país. En este contexto, las conversaciones entre amigas, al abordar un diagnóstico social y político de la sociedad moderna, transformaron inquietudes inicialmente privadas en proyectos colectivos y públicos, articulando así su participación en la vida cívica (Butler, 1988, p. 301). Por tanto, sostenemos que la amistad fue la base estructural de las asociaciones femeninas, permitiendo la inclusión de mujeres de élite como líderes dentro de complejas estructuras de organización, cuyas principales beneficiarias fueron, a su vez, mujeres provenientes de las provincias del país y con bajos recursos económicos. Para demostrarlo, analizaremos la conformación y el posterior desarrollo de dos instituciones femeninas: la Liga de Damas, liderada por Amalia Errázuriz de Subercaseaux, y el Hogar Catequístico, fundado por Elisa Valdés Ossa.

La frase “lo personal es político”, popularizada por Carol Hanisch, ha visibilizado que la vida privada ha sido mediada por los principios e ideales originados en las estructuras de poder y el espacio público. A

1 En este artículo, desde la historia de las emociones, definimos la conciencia colectiva como la convergencia de vínculos emocionales e ideales que unifican a un grupo.

su vez, nos demuestra que aquello que se ha gestado en experiencias personales e individuales puede derivar en activismo político y el levantamiento de movimientos sociales, desmitificando la idea de lo “privado” como un espacio ajeno a la vida pública y la política (Hanisch, 2021, pp. 82–85)². Estas reflexiones han posibilitado el desarrollo de nuevos campos de estudios como el giro afectivo, desde el cual se ha buscado reivindicar lo emocional como parte de la razón eliminando la jerarquía razón/emoción que ha sido históricamente vinculada al binomio masculino/femenino (Ahmed, 2014, p. 258).

Sarah Ahmed y Martha Nussbaum han discutido extensamente los vínculos entre emociones y políticas, más específicamente la “política afectiva” o “emociones políticas” (Ahmed, 2014; Nussbaum, 2013, pp. 23, 200–204)³. Mediante la incorporación de estos conceptos ambas autoras han reflexionado en torno al rol de las emociones en la consolidación de la Nación y la identidad nacional. Específicamente, Nussbaum, ha explicado cómo la noción de “political emotions” ha sido una herramienta utilizada por diferentes regímenes políticos -particularmente aquellos que centralizan el poder como el fascismo y la monarquía- para cooptar el orden social (Nussbaum, 2013, pp. 23, 200–204). El uso de las emociones como mecanismo de intervención social ha sido posible dado que las emociones son construcciones sociales que surgen en determinadas condiciones políticas y culturales (Roux, 2021, pp. 37–46).

Las emociones están en constante movimiento desde el interior de los cuerpos hacia el exterior, así como también desde lo externo hacia lo interno. Este movimiento perpetuo denominado “modelo de las emociones de adentro hacia fuera” permite el desarrollo de emociones colectivas y sentimientos de solidaridad (Ahmed, 2014, p. 32). En este proceso, el lenguaje y las ideas materializadas en los

2 En la actualidad, las humanidades han abordado ampliamente esta frase desde diversas perspectivas, destacando estudios sobre sexualidad, familia y género (Allen, 2000; Crenshaw, 1991; Evans, 1979; hooks, 1982).

3 Ahmed propone el concepto de “política afectiva”, mientras que Nussbaum lo aborda como “política de las emociones”. Ambos coinciden en la relación entre lo político y lo emocional, considerando las emociones como construcciones culturales influenciadas por el poder y los individuos. La diferencia radica en su enfoque: Nussbaum destaca la dimensión legal-política, mientras Ahmed adopta una perspectiva más cultural, vinculando emociones, cuerpo y política.

discursos cargan una acumulación de valor afectivo al momento de ser transmitidos al exterior, generando adhesión entre quienes los comparten (Ahmed, 2014, p. 148). En nuestro estudio, este fenómeno se manifiesta a través de las conversaciones entre mujeres que, preocupadas por los problemas sociales, morales y religiosos del país, transmitieron sus emociones al grupo, convirtiendo un sentir individual en un discurso público y político. Este proceso despertó emociones colectivas y fomentó sentimientos de solidaridad, dando origen a lo que entendemos como emociones políticas.

En este sentido hemos acuñado el concepto de “comunidades emocionales” propuesto por Barbara Rosenwein, que se define como “grupos en los que las personas adhieren a las mismas normas de expresión emocional y de valoración —o desvaloración— de las mismas o similares emociones, aunque estas no se conozcan entre sí⁴. Es importante destacar que puede existir más de una comunidad emocional —en efecto normalmente existe más de una— y estas comunidades pueden cambiar a lo largo del tiempo” (Rosenwein, 2006, p. 2). Esta noción nos ayuda a comprender que las mujeres que se instalaron en la cúspide de la élite chilena compartían una o varias comunidades emocionales dadas las similitudes de sus experiencias tanto familiares como sociales. ¿Cómo podemos caracterizar los vínculos afectivos creados en torno a la amistad a inicios del siglo XX? ¿Cuáles han sido los cambios y continuidades en las formas afectivas y políticas que han construido históricamente las mujeres? ¿Podemos hablar de la amistad de las mujeres de élite como una estructura que las movilizó desde lo personal a lo político?

El concepto de “amistad política”, ha sido recientemente acuñado desde una perspectiva feminista, este destaca la importancia de los vínculos afectivos como espacios de protección, empoderamiento y

4 El estudio de Cristián Gazmuri (2001) aunque no aborda explícitamente la perspectiva emocional, sostiene que a principios del siglo XX emergieron figuras en los ámbitos políticos y culturales que denunciaron una crisis en la sociedad chilena desde una respuesta emocional ante la nueva realidad social. Estas figuras no compartían la misma clase social ni una visión común de un proyecto nacional, pero lo que las unió fue el dolor y la preocupación por la situación de Chile. Incorporando el estudio de Rosenwein (2006), aunque no se conocían crearon una “comunidad emocional” en torno al sentimiento común de angustia y la necesidad de abordar los problemas que aquejan al país.

apoyo colectivo ante problemáticas compartidas (Lagarde y de los Ríos, 2012). Autoras como Abel y Saint-Martin han estudiado la amistad en la ficción, destacando los afectos como espacios de resistencia y agencia (Saint-Martin, 2015, pp. 150–162; Abel, 1981, pp. 413–435). También se ha abordado filosóficamente la amistad, desde los vínculos masculinos entre Platón y Aristóteles (Hutter, 2006, p. 26), hasta los lazos de solidaridad en agrupaciones feministas (Rodríguez Martínez, 2010, pp. 445–466; Hemmings, 2012, pp. 147–161). Igualmente, filósofas contemporáneas como Gaviola, Korol, Friedman y Raymond han reflexionado sobre la relación entre amistad y feminismo, y cómo este vínculo ha dado origen a la amistad política (Friedman, 1994; Gaviola, 2018, pp. 13–17; Korol, 2018, 31–35; Raymond, 2001).

Desde la historiografía, Barbara Caine ha trabajado el concepto de amistad desde la época clásica hasta el temprano siglo XX. Su propuesta se basa en el análisis de la evolución lingüística del término amistad desde una perspectiva cultural, evaluando las implicancias éticas de este vínculo y cómo ha afectado a las instituciones sociales, religiosas y políticas (Caine, 2014). Aunque Caine emplea el término «amistad política femenina», no ofrece una definición explícita del concepto, utilizándolo más bien para describir un contexto específico, como el ataque de un político contra el movimiento feminista en Estados Unidos durante la década de 1920 (Caine, 2014, p. 290).

Si bien reconocemos la importancia de los aportes realizados por Caine, el presente artículo busca historizar el concepto de amistad política levantado desde la filosofía, específicamente sobre la propuesta de Edda Gaviola quien la define como la convergencia de complicidades políticas entre mujeres que comparten ideas, proyectos y un profundo reconocimiento de los saberes y autorías de la otra (Gaviola, 2018, pp. 13 y 17). Definimos entonces amistad política como aquella que surge desde un espacio común (clase, edad, género y raza), en donde las mujeres comparten una experiencia histórica en común y que, además, deciden movilizarse desde acciones, ideas y sentires individuales hacia el trabajo colectivo. Teniendo esto en cuenta, en la primera mitad del siglo XX, la amistad femenina se convierte en un elemento clave en la arena política y pública, reproduciendo un modelo familiar en el que la figura central de la

institución asume un rol materno y protector hacia el resto de las integrantes, implementando estrategias y mecanismos paternalistas.

El estudio de la amistad entre mujeres católicas de élite en la primera mitad del siglo XX representa un desafío metodológico, al requerir la integración de diversas fuentes documentales que posibiliten el análisis del mundo de las emociones políticas femeninas desde un enfoque interdisciplinario. En el caso de la Liga de Damas, recurrimos a las memorias de su fundadora, Amalia Errázuriz de Subercaseaux, plasmadas en el libro *Amalia Errázuriz Subercaseaux*, publicado por su hija Blanca en 1946. Este texto se basa en el *Diario íntimo* y los *Cuadernos de familia* de Amalia, los cuales relatan su vida desde la infancia hasta los homenajes póstumos en 1930, incluyendo el origen y desarrollo de la asociación. Estas memorias se complementan con la revisión de documentación institucional de la Liga de Damas, en particular, a través del análisis de su periódico oficial: *El Eco* (1912-1915) y *La Cruzada* (1915-1917).

En lo que respecta al Hogar Catequístico, tuvimos el privilegio de acceder a los fondos documentales preservados por la institución, los cuales ofrecen un valioso testimonio de la vida y obra de su fundadora, Elisa Valdés, así como del desarrollo del Hogar desde su fundación hasta su traspaso oficial a la Universidad Católica en 1967. Los documentos, tanto personales de la Liga de Damas, como los del Hogar, incluyen cartas, álbumes fotográficos, extractos de diarios personales, cuadernos familiares, así como también documentos generados dentro del marco institucional, como actas de reuniones, oficios, contratos y testamentos.

Si bien esta documentación nos permite transitar del ámbito personal al colectivo, también presenta limitaciones. Esto se debe a que sus productores fueron mujeres católicas de clase alta que buscaban posicionarse socialmente como modelos de virtud y recato. Este ideal social, al que tanto Amalia como Elisa contribuyeron, pudo haber implicado una autocensura o mediación en los términos empleados en sus escritos, o en los textos producidos por sus familiares y amigas. Además, persiste un silencio en torno a temas o eventos que posiblemente generaron incomodidad, arrepentimiento o vergüenza por parte de las autoras. Pese a estas limitaciones, el estudio de la amistad política entre mujeres católicas de élite en la primera mitad

del siglo XX, el amplio espectro de fuentes utilizadas nos permite explorar esos silencios y vacíos presentes en la documentación personal. Mediante un análisis de redes de relaciones familiares, afectivas y políticas, desentrañaremos las formas y usos de la amistad política que estas mujeres utilizaron para consolidar proyectos educativos, sociales y morales en beneficio de la Iglesia católica y las clases bajas.

Para abordar estos aspectos y analizar la amistad entre mujeres como una práctica política en el asociacionismo femenino de la primera mitad del siglo XX, comenzaremos con un contexto histórico que permita comprender el origen de estos afectos. Para luego indagar en el papel de la amistad política en la organización y el desarrollo de la Liga de Damas, enfocándonos en su fundadora y presidenta, Amalia Errázuriz Subercaseaux. Finalmente, examinaremos la amistad en el Hogar Catequístico, centrando el análisis en la figura de su directora, Elisa Valdés Ossa.

El asociacionismo femenino: arquetipos, jerarquías y carisma

Para comprender la formación de la amistad política entre las mujeres católicas de élite en la primera mitad del siglo XX, es crucial considerar la influencia de la Iglesia y el contexto sociopolítico nacional en la construcción de su identidad. Sin el desarrollo del asociacionismo femenino y el surgimiento de una conciencia de lo femenino y del feminismo, estas amistades políticas no habrían emergido. La coyuntura de la sociedad moderna de la segunda mitad del siglo XIX provocó que la Iglesia percibiera a la mujer como un medio de penetración social en la lucha contra el surgimiento de ideologías que ponían en cuestionamiento el dogma religioso, la secularización del Estado y la sociedad y la intervención de la cuestión social en los barrios obreros (Ponce de León, 2011, p. 71; Salazar, 2019; Serrano, 2008, p. 144; Stuvén, 2008, p. 193; Vicuña, 2010, p. 168).

La historiografía nacional está de acuerdo en señalar que a mediados del siglo XIX las mujeres se asociaron principalmente en torno a la defensa de la Iglesia en medio de una sociedad en vías de laicización y a la caridad, para intervenir a los pobres de forma

directa (Verba, 1999; Serrano, 2008, p. 144; Stuvén, 2008, p. 193; Vicuña, 2010, p. 168; Ponce de León, 2011, p. 71; Salazar, 2019). Al respecto, la historiadora Sol Serrano considera que el surgimiento del asociacionismo femenino se debió a que la ruptura independentista no fue contra la religión. Esto permitió que las asociaciones formales de mujeres se dieran en el contexto de la nueva definición jurídica de la libertad de asociación como reconocimiento de los derechos individuales, el mismo marco jurídico, que años antes, les había negado derechos políticos y civiles. Así, durante la segunda mitad del siglo XIX, la participación de las mujeres católicas en obras de beneficencia desplegadas en el espacio público incrementó su capital cultural y social, convirtiendo el asociacionismo femenino en un camino de aprendizaje de prácticas asociativas y políticas basadas en la caridad, filantropía, reformas morales y de intervención social a nivel nacional (Ponce de León, 2011, p. 69; Stuvén, 2005, pp. 104, 113; Serrano, 2008, p. 150; Veneros y Ayala, 1997, p. 45).

De este modo, surge el asociacionismo femenino católico, el cual fue una cruzada moral y de acción social de mujeres de élite chilena, que eligieron contribuir al proyecto de construcción de un nuevo orden social y político, vinculado a la Doctrina Social contenida en la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII (Stuvén, 2008). Esta última promovió el catolicismo como una fuerza social, planteaba que la “cuestión social” y la lucha de clases, no era un problema de caridad, sino de justicia social, provocando un giro en el paradigma del apostolado social hacia un rol más activo (Araneda, 1986, p. 600). Esta propuesta fortaleció los lazos de amistad entre mujeres, ya que, en esta nueva misión, debían reunirse, dialogar, organizarse y alcanzar acuerdos en conjunto (Yalom y Donovan, 2018, pp. 23, 24 y 101).

Al iniciarse el siglo XX, y en especial desde la década de 1910, las mujeres católicas fueron receptivas al llamado del catolicismo social, que procuraba impulsar cambios en las prácticas de caridad, reflexionando en torno a la detección, solución y prevención de problemas sociales de las clases populares (Romero, 2007, p. 121). En consecuencia, siguiendo a Manuel Vicuña, en este periodo las mujeres católicas sintieron la necesidad de expandir su acción y extenderla al ámbito de la educación y la beneficencia, especialmente hacia el mundo obrero (2010, p. 169). Este proceso coincidió con lo que Gabriel

Salazar denomina la “crisis política de la caridad”, desencadenada por la “cuestión social” después de 1915. Según este autor, esta crisis marcó la transición de la acción privada a la intervención estatal para abordar la emergencia (2019, p. 160). Esto generó un dilema para las mujeres de élite: continuar con su labor privada o asumir la liberación general como un principio político, lo que implicaba una ciudadanía histórica y una fraternidad cívica femenina (2019, p. 161). En efecto, el asociacionismo católico femenino tendió hacia la formación de agrupaciones donde se identificaron problemas sociales y morales de la propia clase dominante como causante de la desmoralización y la pobreza. En este contexto se inserta la Liga de Damas (1912), fundada por Amalia Errázuriz, donde se puede visibilizar el tránsito hacia la acción social en el ámbito de la educación, barrios obreros, trabajadoras, accionando una “caridad activa” (De la Taille-Trétinville y Ponce de León, 2009, pp.115–137 ; Vicuña, 2010, p. 169).

El asociacionismo se convirtió en una vía para el activismo político, permitiendo que las mujeres católicas se reconocieran como sujetos con capacidad de incidir en el espacio público y de construir una postura política (Stabili, 2001, p. 157). En este sentido, Macarena Ponce de León advierte que el ejercicio de la caridad incrementó el capital social y el aprendizaje de políticas modernas de las mujeres (2011, p. 69). Esto no solo les permitió abordar problemáticas sociales y morales, sino también reflexionar y posicionarse frente a su propia situación como mujeres. Siguiendo esta línea, Erika Maza señala que la labor benéfica de las mujeres católicas adquirió un carácter feminista al generar conciencia sobre las desigualdades que enfrentaban las mujeres pobres y la falta de oportunidades educacionales para las niñas, trasladando este debate al plano civil y político (1995, p. 143). En el caso de la Liga de Damas y el Hogar Catequístico compartían un diagnóstico social y moral de la sociedad chilena, como resultado, ambas organizaciones buscaron responder al llamado del catolicismo con el propósito de que las mujeres intervinieran el espacio público. De hecho, aunque reconocían su capacidad intelectual, eran conscientes de la desigualdad educativa en comparación con los hombres y de la falta de oportunidades que enfrentaban las mujeres obreras y sus hijos. Por ello, promovieron la autoformación a través de talleres y bibliotecas dentro de estas organizaciones; impulsando la formación

en los barrios obreros, y exigieron el derecho de las mujeres al acceso a una educación superior (*El Eco*, 1914, p. 1; *La Cruzada*, 1915, p. 1).

A principios del siglo XX, el feminismo carecía de una definición precisa, más bien se asociaba a cualquier forma de conciencia personal de ser mujer que reivindicara un cambio en su condición, como respuesta a la subordinación dentro del grupo (Lavrin, 2005, p. 18; Offen, 2015, p. 55; Montero, 2010, pp. 210, 230). Dentro de este contexto, Ana María Stuen sostiene que el feminismo experimentó un auge vinculado a la lucha por derechos, siendo en un principio los derechos civiles su principal motivación (2005, p. 107). Este impulso se manifestó en diversas organizaciones, desde mutuales y sindicatos hasta las corrientes del feminismo católico, liberal y socialista (Stuen, 2008, p. 112).

Ahora bien, Diana Veneros y Paulina Ayala distinguen dos feminismos: el católico y el laico. El primero representado por las mujeres de la élite católica y, el segundo, por mujeres de clase media con valores laicos, organizadas en el Partido Cívico Femenino (1922). Al respecto, ellas sostienen que el feminismo católico surgió como una alternativa al feminismo laico y que, en lugar de reformular los roles femeninos tradicionales, los concebía como complementarios dentro del orden social (1997, p. 47). A pesar de esto, Erika Maza sostiene que las mujeres católicas de élite no solo exigieron el derecho al sufragio y la igualdad civil con los hombres, sino también una serie de reformas destinadas a mejorar la condición femenina, siempre enmarcadas dentro de las doctrinas socialcristianas de finales del siglo XIX y comienzos del XX (1995, p. 143).

Si bien la lucha por el sufragio femenino se inició en la segunda mitad del siglo XIX, impulsada principalmente por mujeres católicas —con manifestaciones en el espacio público desde 1865 y el intento de inscripción para votar en elecciones municipales en 1875 y la presentación del primer proyecto para el sufragio femenino por parte del Partido Conservador en 1917 (Maza, 1995, pp. 141-143)—, fue en la década de 1930 cuando cobró un mayor impulso. En este período, las organizaciones femeninas comprendieron la importancia de involucrarse en la esfera política como un medio esencial para la defensa de sus derechos civiles. A pesar de que esta demanda había estado vinculada a los sectores conservadores, una de las

organizaciones más destacadas en esta etapa fue el Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH), fundado en 1935, vinculada con el Frente Popular y el Partido Comunista, fue la que alcanzó masividad y continuidad tras la aprobación del sufragio universal (Lavrin, 2005, p. 53). Este grupo promovió causas como la protección de la maternidad, la defensa de la niñez, la igualdad salarial y la mejora de las condiciones económicas (Antezana-Pernet, 1994). Que tanto el feminismo católico como el laico confluyeran en estas reivindicaciones revela que, más allá de sus diferencias ideológicas, ambas corrientes compartían una preocupación común por ampliar los espacios de participación femenina en la vida pública —el mismo impulso que, desde la amistad política, animó a las mujeres de la Liga de Damas y del Hogar Catequístico.

De este modo, las distintas organizaciones feministas de izquierda compartían ciertas reivindicaciones con los feminismos más conservadores, lo que reflejaba un enfoque que integraba demandas progresistas con preocupaciones tradicionales sobre el rol de la mujer y la familia. Al respecto, según Asunción Lavrin, los feminismos surgidos en el Cono Sur se vincularon al feminismo compensatorio, que apelaba a la complementariedad entre los sexos, reconocía a la mujer-madre y centraba la igualdad legal en la familia, al tiempo que promovía su participación cívica y política (2005, pp. 53, 62).

A nivel nacional, la Iglesia promovió un modelo de asociacionismo con estructuras jerarquizadas y separadas para hombres y mujeres, reflejado en la creación del Centro Cristiano en 1884, dirigido a caballeros católicos y sacerdotes, y en la Sección de Señoras en 1896, encabezada por Elena Roberts Correa, enfocada en obras para mujeres del pueblo (Sociedad Centro Cristiano). Esta división se replicó en otras organizaciones como la Unión Católica (1884) que contó con una Junta de Señoras, y más adelante la Unión Católica Femenina (*Memorias de A. Cifuentes*, 1883). Durante el siglo XX, se fundaron organizaciones femeninas autónomas como la Asociación de Jóvenes Católicas Femenina (1921). En la década de 1930, con la creación de la Acción Católica (1931), esta estructura se consolidó con cuatro ramas oficiales divididas por género, edad, estado civil y entorno (urbano o rural), convirtiéndose en un pilar del asociacionismo católico en Chile.

Este modelo de asociacionismo, estructurado según ejes de diferenciación social, buscaba fomentar perfiles específicos acordes con los objetivos y valores de cada asociación. En particular entre el asociacionismo femenino, la Iglesia promovió el arquetipo de la “madre educadora”, asociado a la maternidad social (Stuven, 2003), representado por figuras como Amalia Errázuriz y Elisa Valdés Ossa. Este ideal, sustentado en su posición social y moral, reforzaba un sentimiento de “superioridad moral” que legitimaba su rol en la difusión de valores espirituales, morales y sociales. Manuel Vicuña señala que las integrantes de la Liga de Damas se asumieron como guardianas de la moral pública, ampliando su influencia en la acción social como parte de su identidad femenina (Vicuña, 2020, p. 171).

Aunque las integrantes compartían realidades relativamente homogéneas —como la clase social y las creencias religiosas— existían distintos perfiles determinados por diversos tipos de capital —económico, social, cultural, moral, afectivo—, lo que generaba jerarquías internas. Estas dinámicas favorecían la consolidación de figuras de liderazgo que adoptaban un rol maternal y carismático, relacionado con el *modelo mariano* de protección de la Virgen (Salazar, 2019, p. 95). Dentro de la estructura organizacional, estas líderes funcionaban como madres, guías y protectoras, estableciendo relaciones simbióticas y de codependencia dentro del grupo. Este rol de liderazgo no promovía un espacio democrático y abierto donde las participantes pudieran generar acuerdos sobre el desarrollo del proyecto. Más bien, la líder perpetuaba las lógicas patriarcales de autoritarismo, concentrando toda la estructura y el éxito de los proyectos en su figura. Así, cuando estas líderes desaparecían de las instituciones, al quedar acéfalas, perdían la esencia de su origen y se desvirtuaban o disolvían debido a la falta de esa figura materna que ordenaba y mantenía cohesionados los proyectos. Esto fue lo que ocurrió tanto en la Liga de Damas como en el Hogar Catequístico. Si bien no tenemos certeza cuándo desaparece la primera —Andrea Robles sostiene que podría haber ocurrido en 1931 (2013, p. 4)— es en 1917-1918 donde hay un claro indicio de su declive, con la interrupción de la publicación de su periódico, lo que marcó un punto de inflexión en su actividad, coincidiendo con el distanciamiento progresivo de Amalia Errázuriz de Subercaseaux a la organización. Lo mismo

ocurre con el Hogar Catequístico cuando Elisa renunció a la dirección por problemas de salud en 1967; pese a que Carmen Ruiz-Tagle, su sucesora, trabajó arduamente por la institución, esta comenzó a decaer hasta que en 1978 la Universidad Católica tomó la dirección en su totalidad, perdiendo la esencia de su fundación.

La amistad en la Liga de Damas en torno a la figura de su presidenta Amalia Errázuriz de Subercaseaux

Iba ella en aquel tiempo, a las reuniones de Hijas de María, en la Maestranza. Solía hablar con la Madre Gandarillas, su antigua amiga, de algunos males que amenazaban la sociedad chilena, y de la necesidad grande de que las señoras se juntaran para hacer campaña de defensa contra esos peligros (Subercaseaux, 1946, p. 226).

Las palabras escritas por Blanca Subercaseaux sobre su madre, Amalia Errázuriz de Subercaseaux, revelan que la Liga de Damas, una de las asociaciones femeninas pioneras en su época, surgió gracias a una conversación entre amigas que compartían el diagnóstico social de la iglesia católica chilena y los sectores tradicionales. En este contexto, “la conversación”—definida como el encuentro e intercambio de subjetividades y experiencias históricas— adquiere un valor tanto emocional como político. Así, las conversaciones entre amigas, ya fuera en el apostolado social o en reuniones cotidianas, dieron lugar a una propuesta política colectiva y a la creación de diversos proyectos asociativos femeninos (Bravo, 2022, p. 298).

A lo largo de sus memorias, Amalia destaca su inclinación por entablar conversaciones de alto valor espiritual, moral, religioso y social con sus amigas. Para ella, la amistad implicaba encontrar “un alma exactamente adaptada a la nuestra...” (Errázuriz, citado en Subercaseaux, 1946, p. 92). La experiencia histórica compartida, influenciada por convicciones religiosas consolidaba sus vínculos personales y la unía en un proyecto común y colectivo. En este sentido, la amistad trascendía su función como un espacio de apoyo emocional, y se convertía en un medio para fortalecer compromisos con ideales

y proyectos compartidos. A través de estas relaciones, lo personal se fusionaba con lo político, consolidando lo que podría definirse como una “amistad política”. Esta amistad no solo permitía la creación de un frente común, sino que también contribuía a la expansión de su influencia en la sociedad, utilizando la conexión personal como base para el activismo social y político.

Ahora bien, Amalia Errázuriz de Subercaseaux fue una mujer de élite, ilustrada, criada en el seno de una familia que se encontraba en la cúspide de la elite socioeconómica, que incluía destacadas figuras en los ámbitos social y cultural tanto en Chile como en Europa. Para comprender su perfil y posición dentro de la escala social y la comunidad católica chilena debemos describir brevemente su genealogía: Era hija de Maximiliano Errázuriz Valdivieso, agrimensor y político del Partido Conservador, quien fue diputado y ministro plenipotenciario de Chile en Bélgica. Paralelamente, se dedicó a los negocios mineros y contribuyó a la formación de la Compañía Sudamericana de Vapores. Su madre, Amalia Urmeneta Quiroga, provenía de una familia acaudalada, hija del industrial y político José Tomás Urmeneta, quien realizó negocios en sociedad con su suegro, formando la compañía Urmeneta y Errázuriz. La madre de Amalia falleció prematuramente en 1861, cuando ella tenía solo un año, lo que la llevó a pasar gran parte de su infancia con su abuela paterna, Rosario Valdivieso, y posteriormente con su madrastra, Carmen Valdés Ureta, quien murió en 1872, solo un año después de casarse con su padre (Bergot, 2013, pp. 101-109).

Las relaciones familiares y sociales de Amalia Errázuriz de Subercaseaux, como su tío Crecente Errázuriz, arzobispo de Santiago en 1918, su hermano Rafael Subercaseaux, designado cónsul ante la Santa Sede entre 1907 y 1921, y su amigo y guía espiritual Carlos Casanueva, rector de la Universidad Católica de Chile, fortalecieron su perfil público como una figura emblemática entre las mujeres católicas de élite. Su esposo, Ramón Subercaseaux Vicuña, también contribuyó a su posición destacada, militante del Partido Conservador, fue ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización (1915-1916), senador y diplomático en Francia, Austria, Alemania, Italia y el Vaticano. Estos vínculos le permitieron a Amalia acceder a audiencias exclusivas con los papas Pío X, Benedicto XV y Pío IX. El contacto cercano de Amalia

con familiares y amigos vinculados a estas instituciones políticas y religiosas, caracterizadas por una jerarquía rígida, probablemente influyó en la manera en que concebía sus relaciones sociales y su rol dentro del apostolado social y religioso.

De este modo, el entorno familiar y social de Amalia estaba estrechamente vinculado a diplomáticos, la jerarquía eclesiástica y al Partido Conservador, todas estas redes le otorgaban prestigio y *superioridad* dentro de los círculos tradicionales a nivel nacional e internacional, lo que la llevó a liderar y consagrar proyectos sociales y educacionales para las mujeres de forma notoria. En palabras de Carlos Casanueva Amalia era:

una de las mujeres más extraordinarias por la maravillosa armonía y perfección de las dotes con que Dios la favoreció, y que, cultivadas con esmero y empleadas para su divina gloria y según el orden de su Divina Voluntad, hicieron de ella uno de los modelos más acabados de lo que puede y debe ser una mujer cristiana en el hogar y en el mundo, en nuestros días... (prólogo de Subercaseaux).

Las poderosas redes de Amalia permitieron a la Liga de Damas ejercer una influencia decisiva en el ámbito público, lo que explica el respaldo de la jerarquía católica chilena, el Partido Conservador y la Universidad Católica.

De lo personal a la construcción de un proyecto colectivo

Desde niña, Amalia Errázuriz de Subercaseaux fue guiada en el camino de la espiritualidad y la religión católica por su familia, y en especial por su institutriz, Miss Frances Young, quien se convirtió en una figura materna y amiga cercana. Este entorno la llevó, desde joven, a visitar enfermos en hospitales tanto en Chile como en Europa, e incluso a considerar ingresar a una congregación religiosa. No obstante, el 30 de junio de 1879, Amalia contrajo matrimonio con Ramón Subercaseaux Vicuña, con quien tuvo diez hijos; el primero de ellos nació en diciembre de 1880 y el último en 1899. En este período, si bien vivió momentos de alegría junto a su familia, también tuvo

que enfrentar la degenerativa enfermedad de su hija Emiliana, que finalmente falleció en el año 1895, así como las muertes de sus hijos Francisco Javier en 1887 y de Rosario y María en 1906. Al respecto, Solène Bergot (2013), plantea que su fe en Dios le proporcionó consuelo y resignación ante el sufrimiento, tanto en lo personal como en lo colectivo, llegando a vincular el dolor de la pérdida con experiencias místicas (p.142).

En 1902, Amalia se despidió de Berlín y, tras haber vivido varios años en distintas ciudades europeas, regresó a Chile. Poco después de su retorno, fue afectada por una prolongada enfermedad que marcaría profundamente su vida. Este periodo de sufrimiento físico y emocional impactó de manera significativa su mundo interior, según su hija Blanca:

Esta segunda y última mitad de su ruta que le queda por andar, el alma pobre la mira como un camino abajo hacia la tumba, como una época de lucha y de defensa contra los daños del tiempo; años de cuidado con zozobra para atajar las señas y las huellas de la vejez que avanza indetenible (Errázuriz, citado en Subercaseaux, 1946, p. 224).

En esta segunda mitad de vida, Amalia transitó desde una “devoción espiritual” a involucrarse en el apostolado femenino más activo, distanciándose de la beneficencia y la caridad, a través del asociacionismo, asumiendo un rol más visible y político como defensora de la religión, la moral y mediadora de la cuestión social. En sus escritos, señala que, desde una “piedad interior”, reconoció los muchos males de la sociedad moderna y decidió “ponerse toda entera al servicio de la gran causa de la Justicia” (Errázuriz, citado en Subercaseaux, 1946, p. 225).

Aunque Amalia Errázuriz de Subercaseaux pasó largos periodos de su vida en Europa, mantuvo un fuerte compromiso con diversas sociedades de carácter social y cultural en Chile, como la Cruz Roja. También lideró varias iniciativas femeninas como la organización del Congreso Mariano Femenino en 1918, fue miembro de la Junta Directiva y de Vigilancia del Curso Femenino de Estudios Superiores, fundado en 1926 en la Universidad Católica (Errázuriz 796-798). Además, fue fundadora del Instituto Femenino de Estudios Superiores

en la misma casa de estudios (Undurraga y Bravo, 2025). A través de estas iniciativas, no solo buscó mejorar las condiciones de vida de las mujeres, sino también influir en el debate público y promover una agenda de intervención social desde una perspectiva católica. Como señala Blanca en las memorias de su madre: “más no solamente en las obras sociales fue Amalia un despertador de iniciativas femeninas, lo fue también para la actuación pública y la producción intelectual de nuestras señoras y jóvenes católicas” (Subercaseaux, 1946. p. 232).

Su contribución más destacada, y reconocida por la historiografía chilena, fue como fundadora y presidenta honoraria de la Liga de Damas Chilenas. Al respecto, sobre su labor realizada dentro de la asociación Amalia sostiene:

Fue la Liga la primera sociedad importante en que tuve que tomar parte; mi vida de viajes y de aislamiento social me habían antes eximido de todo compromiso de ese género; no había habido otras cosas para mí sino la casa y la familia o las piadosas asociaciones de la alejada y rústica Parroquia. Esta obra central, a la que pertenecía lo mejor de la sociedad santiaguina, me sacaba de mi modo de ser y me imponía deberes difíciles de cumplir. Le di, sin embargo, toda mi voluntad y puse en ella mucho de mi corazón (Errázuriz, citado en Subercaseaux, 1946, p. 230).

Este fragmento ofrece una perspectiva íntima y reveladora sobre la participación de Amalia en la Liga de Damas Chilenas, una organización clave en su trayectoria. Ella describe su involucramiento como un cambio significativo en su vida, ya que hasta entonces su actividad se había centrado en el ámbito doméstico, particularmente en la maternidad y en las asociaciones religiosas. Además, su reflexión revela una autopercepción inicial alejada de la vida cívica y pública, mostrando una transición hacia un rol más visible y activo en la sociedad. La Liga de Damas le brindó una plataforma para ampliar su influencia, especialmente en proyectos colectivos destinados a moralizar y mejorar la sociedad desde una perspectiva conservadora.

Amistades políticas: La Liga de Damas como motor de cambio social en Chile

La fundación de la Liga de Damas, en 1912, da cuenta de un momento histórico donde las mujeres católicas de élite, tras un diagnóstico social y moral de la sociedad chilena, accionaron diferentes estrategias de intervención moral y social en la sociedad chilena. La Liga de Damas surge con el objetivo de supervisar la moral en el cine, teatro y la literatura, fomentar la moral, la sobriedad en los estilos de vida y vigilar los patrones de consumo entre las mujeres de la alta sociedad (*El Eco*, 1912, p. 1). En palabras de Manuel Vicuña “la Liga de Damas evidenció como ninguna otra institución de la época hasta qué grado las mujeres aristócratas instrumentalizan la ideología doméstica con arreglo a sus propios intereses. [...] Sus adherentes usaron el rol culturalmente adscrito que las impulsaba a velar por el bienestar material y espiritual de la familia, como un vigoroso argumento en pro de su actividad pública como reformadoras morales” (Vicuña, 2010, p. 171).

El propósito inicial de la Liga de Damas, centrado en la moral de las mujeres de élite, se vinculaba al auge de la modernidad, caracterizado por la opulencia, mundanidad y lujo de las mujeres de la alta sociedad, impulsado por las riquezas derivadas del salitre (Montalva, 2013; Salazar y Pinto, 2002, pp. 74–75). Las transformaciones culturales de la época abrieron nuevas formas de sociabilidad y aficiones para las mujeres de élite, que, según los sectores tradicionales, estaban marcadas por el materialismo y la búsqueda del placer. Así, a lo largo del primer cuarto del siglo XX, la sociabilidad entre la élite se intensificó, y las reuniones mixtas e íntimas se volvieron comunes entre la juventud, lo que otorgaba mayor libertad de acción a las mujeres (Vicuña, 2010, p. 202). La Iglesia percibía estas transformaciones como una amenaza para la moral, que incrementaba la ignorancia religiosa y favorecía la destrucción de la familia y la sociedad.

La historiografía concuerda en señalar, que, con el paso del tiempo, la Liga pasó de la devoción y recogimiento femenino tradicional a convertirse en una asociación con un profundo compromiso

intelectual y de “acción social”, distinguiéndose de las prácticas tradicionales del asociacionismo católico, dedicado a la caridad y a la asistencia social. Si bien su proyecto aspiraba a promover una visión católica y devota de la vida social y cultural, este también estuvo vinculado a la intervención social, la formación intelectual femenina, proteger a la mujer trabajadora y promover diversas estrategias para la participación femenina en el espacio público (Robles, 2013, pp. 3, 113; Vicuña, 2010, p. 195).

Esta transición se vio reflejada en la organización de sindicatos como la Tienda de “Protección al Trabajo de la Mujer”, el Sindicato de Empleadas de Comercio y Oficinas, el Sindicato de la Aguja y de Enfermeras⁵, los cuales reunían protección en salud, socorro mutuo y capacitación profesional para las trabajadoras católicas. Si bien esta vía, advierte Salazar, “no fue rupturista en las costumbres sociales, mostró precisamente a mujeres de la clase dirigente con ganas de lograr una mayor independencia, que era posible conciliar esa postura con sus creencias religiosas y morales” (Salazar, 2019, p. 162).

Ahora bien, el primer encuentro oficial para la formación de la Liga se realizó el 10 de julio de 1912 en la casa de Amalia Errázuriz de Subercaseaux. A esta reunión asistieron Adela Edwards de Salas, Juana Ossa de Valdés (madre de Elisa Valdés), Elena Correa de Roberts, María Mercedes Vial de Ugarte, entre otras señoras. En esta instancia quedaron establecidas las bases y la primera directiva conformada por Amalia Errázuriz de Subercaseaux como presidenta y actuando como secretarías Amalia Fernández de Undurraga, Adela Edwards de Salas y Rosa Figueroa de Echeverría (*El Eco*, 1912, p. 6). La cercanía y afinidad afectiva e ideológica de este grupo de mujeres, junto con su posición de poder, les permitió ejercer una influencia decisiva tanto en los espacios públicos como privados. Estas iniciativas no solo aspiraban a influir en la sociedad, sino que también fomentaron entre ellas amistades políticas, fortaleciendo la colaboración y el compromiso compartido en la acción social.

5 Al respecto, precisamente sobre el sindicalismo de la Liga, las historiadoras Elizabeth Hutchinson y Claudia Montero sostienen que el sindicalismo católico promovido por las mujeres católicas fue una respuesta para desalentar las reivindicaciones femeninas dentro de las políticas laborales radicales y el movimiento obrero socialista (Hutchinson, 2006, p. 225; Montero y Robles, 2017, p. 135)

Como hemos señalado, la Liga de Damas surgió a partir de una conversación entre Amalia Errázuriz de Subercaseaux y la Madre Gandarillas, en la que discutían la necesidad de crear una asociación que enfrentara los males de la sociedad moderna. Es Adela Edwards MacClure de Salas⁶, otra de las fundadoras y miembro directivo de la Liga, quien profundiza cómo se gestó esta idea y destaca el papel central de su amiga Amalia en la creación de la organización

Formemos aquí una liga, como una que hay en Montevideo para no permitir se represente ninguna pieza inmoral. [...] La idea de formar en Chile una asociación de señoras, imitando aquella, no es mía; viene de una amiga, que ha sido siempre el modelo de la mujer y de la madre. Ella arrojó el grano, y yo lo acogí con entusiasmo. Ojalá que estas pocas líneas despierten en otras el mismo deseo que nace únicamente del amor á la familia y á la patria; y así unidas muchas en los mismos intereses, formaremos una barrera sólida, contra la cual se estrellarán todos los que quieran hacernos descender del lugar que nos corresponde como mujeres y como madres (Edwards de Salas, 1912, p. 611).

Las palabras de Adela Errázuriz de Salas destacan la amistad como un motor clave de acción social y política, subrayando, además, la superioridad moral de las mujeres de élite como guardianas de los valores familiares y nacionales. En este contexto, también menciona a Amalia Errázuriz como un modelo de madre, quien gestó y dio a luz a esta organización, destacándose como una figura central en la creación y el desarrollo de esta.

Igualmente, Adela revela que la fundación de la Liga de Damas en Chile se inspiró en la Liga de Damas del Uruguay, establecida en 1907 por María Lagos de Hugues. Esta organización, que publicaba su

6 Mujer católica de élite, destacada en el asociacionismo católico y en la vida pública. Fue miembro de la Academia de Bellas Letras de la Universidad Católica y fue electa regidora de Santiago en 1934. Inspirada en la campaña pro-moralidad de las Damas Católicas de Uruguay, co-fundó la Liga de Damas en Chile, donde fue Secretaria General (1915). Participó en la Sociedad Femenina Conferencias de San Vicente de Paúl y el Congreso Mariano Femenino. Fundadora y directiva de La Cruz Blanca, presidió el Consejo Directivo del Colegio de Preservación y Reforma. También creó la Congregación Esclavas del Amor Misericordioso (1926), la Acción Nacional de Mujeres de Chile (1932), la obra Redención y Salvación de Mujeres por la Mujer y el Hogar Social de Obras Femeninas.

propio boletín titulado *El Eco de la Liga de Damas*, desde su fundación, sirvió como modelo para el proyecto chileno, evidenciando una amistad política forjada sobre una red transnacional. De manera similar, la Liga de Damas Chilena se integró a las Ligas Católicas Femeninas, lo que le permitió mantener correspondencia con asociaciones internacionales, incluida la Liga de Damas del Uruguay. A través de estas cartas, intercambiaban información sobre actividades, encuentros y labores, expresando respeto, fraternidad, cariño y admiración mutuos.

En efecto, en 1918, Amalia se dirigía a Europa y aprovechó la escala que hacía su barco en Montevideo para organizar visitas a sus compañeras de la Liga en esta ciudad y en Buenos Aires. Estos encuentros reflejan la construcción de comunidades afectivas y amistades políticas transnacionales, basadas en principios morales y espirituales compartidos. Amalia se refería a estas mujeres como “amigas”, a pesar de que ella misma reconocía que nunca las había visto (Errázuriz, citado en Subercaseaux, 1946, pp. 236-237). Para las integrantes de las asociaciones católicas femeninas, compartir ideas, sentimientos y proyectos era una forma de forjar lazos de amistad, vinculando ese afecto con un proyecto cívico, político y social. Al conocer a la marquesa María Lagos de Hugues, una destacada mujer de la elite católica en Uruguay y Europa, fundadora y presidenta de la Liga de Damas del Uruguay (Della Sudda, 2013, p. 5) —quién era, en muchos sentidos, su homóloga en Uruguay—, Amalia escribió:

En Montevideo, nuestra primera escala, conocí a María Lagos de Hugues, presidenta de la Liga de Damas del Uruguay. Con esta señora, joven, valiente y de notable inteligencia, había tenido yo nutrida correspondencia sobre el tema de nuestras comunes iniciativas, de modo que al vernos por primera vez nos hallábamos ya como antiguas amigas (Errázuriz, citado en Subercaseaux, 1946, p. 237).

La admiración fue un componente clave en la amistad política femenina, especialmente en lo relacionado con sus ambiciones intelectuales, sociales, políticas y apostólicas. Las mujeres no solo reconocían el valor de los logros de sus compañeras, sino que también se identificaban con sus luchas y objetivos, creando una red de apoyo

que trascendía lo individual. El encuentro entre Amalia y María Lagos de Hugues no sólo consolidó una amistad basada en la admiración y los ideales compartidos, sino que también ejemplifica una amistad política transnacional, donde mujeres de distintos países colaboraban en la búsqueda de objetivos comunes, fortaleciendo así el impacto de sus iniciativas en una mayor escala.

La documentación relacionada con la Liga de Damas refleja las largas horas que sus integrantes dedicaban a actividades, como redactar artículos, asistir a conferencias, organizar bibliotecas populares, talleres de formación y sindicatos. En medio de estas labores, también había espacio para la distracción y las conversaciones íntimas. Estas experiencias cotidianas, donde lo personal se entrelazaba con lo colectivo, transformaron las relaciones personales en vínculos políticos. Así, se creó un fuerte sentido de grupo, camaradería y comunidad, consolidando una amistad femenina con un trasfondo político, impulsada por el deseo compartido de defender la Iglesia y los valores morales.

La Liga de Damas Chilenas difundía sus ideas y reflexiones a través de artículos en los periódicos *El Eco* (1912-1915) y *La Cruzada* (1915-1917), convirtiéndose en la primera agrupación femenina chilena que consideró indispensable contar con un medio de comunicación propio (Montero y Robles, 2017, p. 129). Estos espacios son testimonio de la camaradería y amistad entre sus miembros. En efecto, en las secciones dirigidas a las adherentes, escritas por Amalia, se emplearon expresiones como “queridas amigas, compañeras y adherentes”, reforzando un sentido de comunidad inclusiva y comprometida. Un ejemplo de ello fue la publicación de julio de 1913: “Por eso me he permitido dirigirme algunas veces a vosotras, amigas, conocidas o no conocidas; pues amigas y compañeras lo sois todas las que habéis dado vuestro nombre y vuestro corazón a la Liga” (*El Eco*, 1913, p. 1). Estas palabras, dirigidas con afectos tanto a amigas cercanas como a desconocidas, crearon un sentido de pertenencia y fraternidad que trascendía los vínculos personales, basándose en los ideales y el compromiso compartido, lo que fortaleció el compañerismo y la amistad.

Aunque la Liga de Damas Chilenas promovía un discurso de “unión de todas sus adherentes”, con ideales de igualdad y fraternidad, su

estructura estaba inspirada en la organización y metodología de las asociaciones católicas masculinas. Se trataba de una asociación rigurosamente disciplinada, con una jerarquía clara y centrada en figuras clave. En este sentido, es importante destacar que existieron diversas escalas de amistad política dentro de la Liga de Damas. Algunas relaciones eran más horizontales, como las que se daban entre las fundadoras y la directiva, que incluía solo a mujeres de élite que participaban en el asociacionismo femenino. En cambio, otras seguían una estructura más jerárquica, con tintes paternalistas, fundamentada en el compañerismo y la camaradería, reforzadas por el liderazgo central de Amalia Errázuriz. Su influencia fue crucial, como lo refleja Elvira Lyon Otaégui:

Casi todo el trabajo de organización y extensión pesó sobre la fundadora. No solo venía de ella toda iniciativa e impulso, sino que ella misma, personalmente, se ocupaba de hacer marchar las diversas obras, comunicando entusiasmo, allanando obstáculos y arrastrando con su ascendiente, su abnegación y servicio (Lyon citado en Subercaseaux, 1946, 228).

La amistad entre Amalia y Elvira en la Liga de Damas

Amalia a su llegada a Chile, profundizó su amistad con mujeres y hombres que eran parte de los círculos sociales, intelectuales y económicos de la época. En este sentido, Amalia advertía “estoy conociendo el interior de algunas almas privilegiadas, flores exquisitas que nuestra tierra ha producido” (Errázuriz, citado en Subercaseaux, 1946, p. 195). En este periodo, Amalia conoció a Elvira Lyon Otaégui una de sus amigas más preciadas, en su rol como presidenta de la Liga. Se encontraron por primera vez gracias a una amiga en común, la religiosa llamada Lucha. Sobre esto Amalia escribe: “Elvira se me dió a conocer en Villa del Mar; Lucha la llevó a casa, y desde entonces su cariño es inmenso, parece que sobrepasa al de las otras amigas” (Errázuriz, citado en Subercaseaux, 1946, p. 193).

Elvira nació en 1880 en Valparaíso. Era hija del ingeniero Jorge Lyon Santa María, descendiente de inmigrantes ingleses asentados

en la zona, y de María del Carmen Santa María de Escobedo Artigas, cuya familia tenía una posición destacada en la región, siendo su padre, el teniente coronel Manuel Santa María Baeza, gobernador de la Isla de Juan Fernández⁷. Aunque la familia de Elvira era parte de la élite local de Valparaíso, no pertenecía al mismo entorno social, económico y cultural que Amalia. Aun así, su vínculo se fortaleció gracias a la devoción compartida por Dios y a la sensibilidad frente a los problemas sociales del país. Debido a la diferencia de edad, su relación podría interpretarse como la de madre e hija o maestra y discípula; sin embargo, es Amalia quien, en sus memorias, la define explícitamente como una amistad.

El vínculo de amistad entre ambas se fortaleció cuando Amalia invitó a Elvira a pasar una temporada en la chacra. Sin embargo, se desconoce si esta invitación fue resultado de una estrecha relación entre ellas o si Elvira necesitaba un hogar transitorio en Santiago. Independientemente de la razón, su estancia en la residencia de los Errázuriz Subercaseaux representó un punto de inflexión en su vida. Fue allí donde abandonó su proyecto de ingresar a la Congregación del Sagrado Corazón tras conocer a Pedro Errázuriz, hijo de Amalia, con quien contrajo matrimonio en 1907, a los 27 años. Este matrimonio no solo transformó la posición de Elvira dentro de la familia, sino que también reconfiguró su relación con Amalia, introduciendo nuevas jerarquías y posibles tensiones en su amistad. Ahora, Elvira no solo era la amiga de la matriarca de los Errázuriz Subercaseaux —una figura clave en el asociacionismo femenino y en el liderazgo de la élite católica chilena—, sino que también era considerada “hija” y llamada “nuera”, lo que evidenciaba una relación atravesada por filiaciones familiares y dinámicas de poder. Aunque mantuvieron una dinámica de confianza y colaboración, estas asimetrías debieron influir en la forma en que negociaban sus roles e intereses dentro de la familia y el espacio público⁸.

7 <https://www.geni.com/people/Elvira-Lyon-Otaegui-religiosa/6000000014255506255>

8 Amalia, desde su superioridad moral y su autorrepresentación como “mujer devota”, tendía a entablar relaciones mentora-aprendiz con algunas de sus amigas, asumiendo un rol de guía espiritual a través la oración, contemplación, recomendación de lecturas y el estudio de la religión y la doctrina social con el objetivo de encauzar sus proyectos individuales en una dirección positiva de sus amigas (Subercaseaux, 1946, pp. 153-168).

Desde la fundación de la Liga de Damas, Elvira desempeñó un papel clave en la organización de la asociación a nivel nacional, consolidándose como la mano derecha de Amalia en el desarrollo del proyecto. Tal como Amalia lo evidenció “Nuestra Liga debía ser [...] una sociedad nacional que se extendiera [...]. Entonces fue cuando mi nuera Elvira entró a funcionar, dando, con su cabeza de admirable organizadora y su talento práctico para todo, el orden, la orientación y la amplitud de la obra” (Errázuriz, citado en Subercaseaux, 1946, p. 227). Incluso, desde la perspectiva de Blanca, hija de Amalia, “Elvira, que fue, como ella misma lo dice, su más inteligente colaboradora en la organización de las obras sociales” (Subercaseaux, 1946, p. 228). En este contexto, su relación volvió a transformarse: además de compartir un vínculo de amistad y familiaridad, ahora también eran compañeras en la lucha contra la inmoralidad y, más tarde, en la defensa de los derechos de la mujer trabajadora. Elvira acompañaba a Amalia en las largas jornadas de trabajo en la chacra y en la casa de la Liga, colaborando estrechamente en las múltiples tareas que implicaba la gestión de la Liga de Damas. Sin embargo, a pesar de la cercanía y la aparente horizontalidad de su amistad, la dinámica entre ellas seguía marcada por una jerarquía. Como fundadora, ideóloga y directora de la Liga, Amalia ocupaba una posición de liderazgo, asumiendo el rol de maestra y figura materna para Elvira. En este esquema, aunque trabajaban juntas, era Amalia quien tenía la mayor experiencia y el poder de tomar las decisiones fundamentales.

La chacra de Amalia, era el lugar de trabajo de ambas:

Los llamados por teléfono la interrumpían muy a menudo; ella, sin nunca quejarse de la importunidad de un llamado, acudía a prisa, y nunca hacía esperar. Elvira aparecía con frecuencia en el umbral de su puerta, con una consulta, un trabajo que revisar, un proyecto que estudiar juntas; se comprendían, se completaban las dos. En las noches, después de comer, continuaban ambas trabajando sobre esa querida mesa de la biblioteca, donde aún parecen quedar, en el lugar que ocupaban, las sombras de estas dos mujeres superiores, inteligentes y entregadas con fuego a la causa de la gloria de Dios (Errázuriz de Subercaseaux, citado en Subercaseaux, 1946, p. 230).

Al convivir en la chacra de los Subercaseaux Errázuriz, un espacio amplio que les permitía concentrarse en sus diversos proyectos, Amalia y Elvira compartían tanto su vida cotidiana como el trabajo en la Liga de Damas. Más allá de las responsabilidades que la época imponía a las mujeres de su posición —como acompañar a sus maridos y administrar el hogar—, ambas disponían de un tiempo significativo para dedicarse a sus iniciativas. Amalia, con sus hijos ya adultos, y Elvira, que no tuvo descendencia, encontraron en su labor conjunta un propósito que iba más allá de lo doméstico. En particular, Amalia halló en Elvira a una compañera dispuesta a entregarse por completo a la construcción de un ideal femenino y católico, lo que les permitió embarcarse juntas en un proyecto colectivo, público y político.

En efecto, la historiadora Andrea Robles señala que Elvira Lyon de Subercaseaux fue una de las principales voceras de la Liga, destacándose por implementar una innovadora forma de caridad femenina centrada en obras de justicia social (Robles, 2013, p. 55). Además, ocupó el cargo de directora de *El Eco de la Liga de Damas* desde 1912 hasta 1914, y, a partir de 1915, asumió el rol de vicesecretaria de la asociación (*El Eco*, 1915, p. 1). Junto a Amalia, también tomó la dirección de *La Cruzada*, un proyecto que consolidó su colaboración. Sobre esto, Robles destaca que esta labor conjunta marcó una transformación en la retórica del periódico, que se orientó hacia una perspectiva más femenina, caracterizada por un enfoque “sentimental y maternal” (Robles, 2013, p. 86), reflejando así el cambio en la relación entre ambas mujeres en el ámbito editorial.

La investigación de Andrea Robles confirma que Elvira no permaneció a la sombra de Amalia, sino que ocupó puestos de poder dentro de la organización. Su creciente participación en la Liga evidencia que, con el tiempo, la relación entre ambas dentro de la asociación adquirió un carácter más horizontal en comparación con sus inicios. Esto sugiere que su amistad fue adquiriendo una dimensión cada vez más política. Es decir, además del vínculo filial que las unía, su relación se sustentaba en un objetivo común: la construcción de un proyecto social femenino orientado a la intervención y mejora de las condiciones laborales y civiles de las mujeres, especialmente de aquellas pertenecientes a la clase trabajadora. De hecho, cuando la Liga de Damas concluyó, Elvira se instaló en España junto a su

marido Pedro, después de unos meses ambos tomaron la decisión de separarse para ingresar a órdenes sagradas, Elvira se integró a las Damas Catequistas de Loyola en España, encarnando otro proyecto individual y social.

El hogar de la amistad. Origen y trabajo del Hogar Catequístico

El nacimiento de un proyecto

En el marco de la secularización del sistema educativo impulsado desde fines del siglo XIX con la promulgación de las leyes laicas (1883), la relación entre la Iglesia y el Estado se mantuvo en constantes debates y acuerdos. Particularmente, luego de la promulgación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria en 1920, que estableció una educación gratuita, obligatoria y laica, la Iglesia Católica expresó su preocupación por la formación moral y religiosa de los niños. En este contexto, en 1933 el Ministerio de educación levantó una orden que buscaba responder a las presiones de sectores conservadores y de la Iglesia, permitiendo que los padres pudieran solicitar educación religiosa para sus hijos dentro del sistema escolar público, además de la admisión de seglares como maestros de la religión y moral. Con ello, la Iglesia católica buscó reforzar su presencia en la educación a través de organizaciones como la Acción Católica y la creación de nuevos colegios privados con orientación religiosa, creando una nueva demanda de profesores que pudiesen enseñar religión y catequesis (Serrano, 1994).

En 1935, un grupo de mujeres apóstoles, motivadas por el deseo de dar a conocer a Cristo y formar las almas de numerosos niños y niñas, emprendió un proyecto innovador para llegar a aquellos infantes que consideraban carentes de formación religiosa. Conscientes del decreto emitido en 1933 que autorizaba a los seglares a impartir gratuitamente clases de Religión y Moral en las Escuelas Primarias del Estado, estas jóvenes se prepararon con entusiasmo bajo la dirección del recordado presbítero Don Armando Uribe. Sus esfuerzos se vieron coronados al recibir el título de Maestras de Religión y Moral otorgado por el Gobierno (Undurraga y Bravo, 2025).



Entre estas pioneras se encontraba Ena Bravo Walker, quien en 1935 recibió su título profesional como profesora de religión de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Durante el verano de ese año, Ena compartió con su hermana Margarita Bravo Walker y su íntima amiga Elisa Valdés Ossa su visión de fundar una institución que preparara a mujeres de todo el país para trabajar como maestras de religión en escuelas primarias y enseñar catecismo a los más jóvenes (Valdés, 1946, p. 12). En la década de 1930, tanto la Comisión de la Autoridad Eclesiástica como el Ministerio de Educación debían aprobar y autorizar el trabajo de estas mujeres mediante un examen.

Esta idea pronto se materializó gracias a la activación de redes femeninas para conseguir recursos económicos y humanos. El 10 de febrero de 1936, mientras vacacionaban juntas, estas amigas recibieron una noticia auspiciosa: Carmela Arriarán quería apoyar su proyecto donando su casa ubicada en la calle Agustinas 1468, que hasta entonces funcionaba como pensionado. Para acceder a la propiedad, el Hogar Catequístico debía acreditar personalidad jurídica ante el Estado. Con premura, Elisa y Ena trabajaron incansablemente hasta oficializar los procesos necesarios. Apenas once días después de recibir la noticia de su benefactora, obtuvieron la personería jurídica y la potestad de la propiedad, un día antes del fallecimiento de Carmela (Valdés, 1946, p. 13). Este episodio ilustra con precisión cómo operaba la amistad política en la práctica: fue una red de confianza y reciprocidad entre mujeres la que hizo posible, en términos materiales y jurídicos, la existencia misma del Hogar.

Con un espacio consolidado y el esfuerzo conjunto, comenzaron a trabajar con el propósito de preparar Maestras de Religión que enseñaran catecismo de forma cooperativa y moderna a personas de todas las clases sociales (Valdés, 1946). El 4 de agosto de 1936 el Hogar Catequístico comenzó a funcionar como una institución educativa. Durante su primer año, el Hogar Catequístico acogió y formó a 72 mujeres, muchas de ellas jóvenes provenientes de provincias y zonas rurales del país (Valdés, 1946, p. 12). El éxito fue rotundo: 71 de ellas aprobaron su examen, sellando con una victoria el primer año del instituto. Rápidamente, el Hogar Catequístico estableció sedes en Valparaíso y Talca, y comenzó a recibir alumnas internacionales de Bolivia, Panamá y Ecuador, quienes buscaban

formarse como profesoras de religión y aprender el modelo de trabajo para implementarlo en sus países. Asimismo, países como México, Colombia y Perú se contactaron con la directora del Hogar, Elisa Valdés, para conocer más sobre la organización y administración, evaluando la posibilidad de exportar el modelo (*Origen y Fundación del Hogar*, 1946).

La creciente magnitud transnacional del Hogar generó la necesidad de buscar mayores redes de apoyo para validar la educación impartida. Fue entonces cuando la directora Elisa Valdés buscó una tutela segura para sus alumnas, forjando alianzas con Monseñor Carlos Casanueva, entonces Rector de la Universidad Católica de Chile. En 1940, el Hogar Catequístico se incorporó a dicha casa de estudios como un instituto anexo (Valdés, 1946, p. 15). Esta nueva red de apoyo no solo permitió expandir la capacidad de alumnas que podían recibir, sino también trabajar para la comunidad más allá de la formación de profesoras, incentivando la participación en las prácticas católicas. Así, una conversación entre amigas sobre la ignorancia religiosa que padecía la infancia se transformó en un proyecto político. ¿Cómo fue posible que una conversación entre amigas se transformara en un referente nacional e internacional de educación femenina, y qué papel jugó en ello la amistad política?

Amistad y Política. Las bases de la educación femenina dentro del Hogar Catequístico

Las conversaciones en las tardes de verano entre amigas se transformaron en un innovador programa de educación y profesionalización femenina. A medida que el proyecto crecía, surgió la necesidad de integrar a más personas en la organización para gestionar exitosamente las demandas de un creciente alumnado femenino. La solución fue crear una asociación femenina interna, denominada Hogar Cultural Femenino, encargada de gestionar la residencia de las alumnas, los programas educativos y las actividades extraprogramáticas del Hogar Catequístico (*Actas Hogar Cultural Femenino*, 1936). Entre sus múltiples desafíos, esta directiva tuvo como objetivo principal la incorporación de prácticas innovadoras



para motivar a más niñas y niños a efectuar la catequesis, la cual, debido a las nuevas políticas de Estado, ya no formaba parte de los requisitos escolares.

El Hogar Cultural Femenino se fundó el 19 de diciembre de 1936, con la participación de 16 mujeres unidas por lazos filiales y consanguíneos, además del deseo individual de consagrar sus vidas al trabajo de la Iglesia católica y su apostolado⁹. La base que sostuvo esta organización fue el rol de una experiencia social e histórica conjunta; es decir, estas mujeres, antes de pertenecer a esta organización, estuvieron vinculadas por experiencias cercanas dadas por su clase social, su entorno familiar y la religión. A su vez, estas fundadoras comulgaron en un proyecto común, fortaleciendo sus lazos mediante el reconocimiento de su trabajo, saberes e incluso autorías. En otras palabras, las miembros del Hogar Cultural Femenino ejercieron acciones que trascendieron de lo personal a lo político, consolidando así una amistad política alimentada por el anhelo de trabajar para el crecimiento de la Iglesia católica y la nación (Gaviola, 2018, p. 13).

La orgánica utilizada para el funcionamiento y progreso del Hogar Catequístico fue similar a los sistemas de organización establecidos en instituciones históricamente masculinas, como la administración de entidades políticas y religiosas. Es decir, sistemas basados en un orden jerárquico, donde el éxito del proyecto dependía del líder, siendo las tareas secundarias y terciarias entregadas a personas con menor experiencia o formación en el área (Gaviola, 2018, p. 25). Precisamente, el Hogar Catequístico emuló este sistema dado que su principal gestora, Elisa Valdés, creció bajo la influencia del modelo de organización católico y gubernamental.

Por un lado, su madre, Juana Ossa Armstrong, había dedicado su vida al apostolado liderando organizaciones de caridad en nombre

9 Las primeras integrantes de esta organización fueron: María Claro de Peña, Elisa y Herminia Valdés Ossa, Inés Hurtado Echenique, Sofía Garretón Walker, Ana Pérez Senoin, Olivia Pérez Valdés, María Lira Lira, Adriana Izquierdo Phillips, Raquel Urrejola Rozas, Lia Murillo, Clemencia Bascuñán, Teresa Ossandón Guzmán, Adriana Echeverría Reyes, Ena y Mariana Bravo Walker (Actas Hogar Cultural Femenino, 1936-1954). Como ya lo hemos señalado, esta primera directiva fue un claro ejemplo de la materialización del ideal femenino católico, es decir, aquel en donde las mujeres de élite trabajaron de forma benéfica para el crecimiento y consolidación de la Iglesia Católica en la sociedad. (De la Taille-Trétinville, 2011, p. 311).

de la Iglesia y en beneficio de las niñas y niños de las capas sociales más bajas¹⁰. Por su parte, el padre de Elisa, José Valdés Cuevas, fue un reconocido político que participó activamente como miembro del Partido Liberal, siendo Diputado de la República desde 1888 a 1906 en diferentes distritos, además de desempeñarse como Embajador de Chile en España en 1926 (Biblioteca Nacional del Congreso de Chile). En otras palabras, esta familia se desarrolló en un escenario de privilegios de clase que fueron reforzados por roles y cargos alcanzados dentro de las esferas de poder del Estado y la Iglesia.

La vida privada de las mujeres del Hogar Catequístico, en especial de Elisa Valdés, permeó tanto las formas de organización como la determinación de los lazos construidos entre las miembros de la directiva, las alumnas e incluso redes de apoyo externas. En este sentido, parte fundamental del éxito del Instituto fue la silente labor de mujeres con mayor experiencia sobre el funcionamiento práctico y burocrático de este tipo de organizaciones. Un claro ejemplo de ello fue la activa participación de la madre de Elisa, Juana Ossa, dentro de la institución, quien junto con Carmen Cuesta ayudaron a la directora del hogar a navegar a través de la compleja trama de este proyecto político-educativo¹¹.

La alianza entre Juana Ossa, Elisa Valdés y Carmen Cuesta muestra una faceta masculinizada y jerárquica de la amistad política, asociada a la dinámica maestro-discípulo (Yalom y Donovan, 2018, p. 23), y permite comprender las estrategias de comunicación y conexión entre las mujeres católicas a una escala global. La conexión entre Elisa y Carmen surgió a través de Juana Ossa, quien le escribió a Elisa —

10 La experiencia de Juana Ossa en este tipo de orgánicas se materializó en su trabajo dentro de la Sociedad Femenina de la Conferencia de San Vicente de Paul entre 1890 y 1904 y la Liga de Damas (1911), siendo incluso parte de su directiva desde 1918, y convirtiéndose en la presidenta entre 1925 a 1927. También fue presidenta de las “Damas Protectoras del Obrero” en 1920, además de colaborar con las escuelas de la “Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago”. De igual forma participó en la Sociedad Nacional de Profesores, específicamente en los Cursos de Escuelas Públicas en la Escuela Normal Santa Teresa, siendo la presidenta en 1925 (Undurraga y Bravo, 2025).

11 Juana Ossa donó una de sus propiedades cuando la residencia de Agustinas no fue suficiente para satisfacer la demanda, y el correspondiente aumento de alumnas a la institución. De igual forma, Elisa destacó el rol cumplido por ambas mujeres -Juana Ossa y Carmen Cuesta- durante su discurso en honor al aniversario n°10 del Hogar (Valdés, 2005, p.13).

entonces en Francia — para que se comunicara con congregaciones españolas en busca de una sucesora para la directora de la Escuela Santa Teresa (Pedrero, 2014, pp. 468-72). Tras su llegada a Chile en 1926, Carmen se reunió con Adela Edwards y Juana Ossa, consolidando la presencia de la Institución Teresiana en el país y forjando una sólida amistad con Juana en el proceso (Pedrero, 2014, p. 461)¹². Tan solo tres años antes de la inauguración del Hogar Catequístico, Cuesta había fundado además una residencia femenina vinculada a la Institución Teresiana, cuyo modelo se propagó hacia Valparaíso en 1935 convocando a nuevas mujeres en torno a un proyecto colectivo de educación femenina (Gajardo, 2013, p. 148), y que contó con el apoyo de Juana Ossa y Elisa Valdés en sus trámites jurídicos (Pedrero, 2014, p. 490). Lo que esta trayectoria revela es que Elisa no llegó al Hogar Catequístico sin experiencia ni sin red, sino respaldada por una densa trama de amistades políticas iberoamericanas que ya habían demostrado su capacidad para transformar proyectos educativos en instituciones sólidas y replicables.

Ahora bien, Elisa Valdés no solo tuvo amigas con una vasta experiencia en la caridad cristiana ligada a la educación, sino que también congregó y formó nuevas amigas en la labor apostólica. En efecto, el Hogar Catequístico funcionó como un espacio de formación profesional para las mujeres que anhelaban convertirse en maestras de religión. Lo que, a su vez, lo transformó en un espacio de formación política —en el sentido administrativo, organizativo y de intervención social. Un ejemplo de ello fue la incorporación de las alumnas graduadas a las labores del Hogar Cultural Femenino y al resto de los espacios de dirección y gestión. Por ejemplo, la organización de misas, eventos sociales, el manejo de la imprenta y el Taller de Nazareth, donde se fabricaron juguetes de madera para usarlos como material de apoyo pedagógico y para reconocer y premiar a las alumnas y

12 Cuesta era española; licenciada en Derecho de la Universidad Central de Madrid (1930), y la primera mujer doctorada en la misma área. Dentro de los múltiples intereses de Carmen, su trabajo para el asociacionismo católico y los derechos de la mujer fueron gravitantes en su vida. Así, dirigió varias asociaciones católicas como la Asociación de Damas Católicas y la Acción Católica de la Mujer Española, convirtiéndose también en miembro de la Asamblea Nacional de España, donde defendió los derechos de las mujeres. Para saber más sobre Cuesta ver Pedrero (2014).

alumnos destacados en las fiestas de fin de año (*Hogar Catequístico; Enseñanza del Catecismo*, sin año).

Mathilde Miron de L'Espinay llegó a Chile desde Francia en 1938 y se inscribió en el Hogar para formarse como maestra de religión. Al año siguiente, en abril de 1939, se integró al Hogar Cultural Femenino como prosecretaria y directora (*Actas Hogar Cultural Femenino*, 1939, p. 16), cargo para el que estaba bien preparada gracias a su experiencia previa en el Instituto de Educación Familiar de París. En 1940, tras demostrar sus capacidades administrativas, L'Espinay se convirtió en una de las fundadoras del Instituto de Educación Familiar de la Universidad Católica de Chile (Valdés, 1946, p. 14; *Actas Hogar Cultural Femenino*, 1936–1954). Su trayectoria ilustra cómo el Hogar funcionó como plataforma de formación política en el sentido más amplio: las redes de amistad y la experiencia práctica acumulada dentro de la institución impulsaron a jóvenes talentosas a liderar sus propios proyectos al servicio de la sociedad y, en particular, de otras mujeres.

El Hogar Catequístico articuló, en definitiva, dos grandes escalas de amistad política cuyo eje central fue Elisa Valdés. Por un lado, los vínculos forjados con sus alumnas e integrantes más jóvenes, a quienes formó no solo como maestras de religión sino como futuras líderes de sus propios proyectos. Por otro, la tríada Elisa Valdés, Juana Ossa y Carmen Cuesta, en la que estas últimas cumplieron el papel de mentoras, madres y amigas, transmitiendo una experiencia institucional acumulada que Elisa luego reprodujo hacia abajo en la jerarquía del Hogar. Comprender cómo Elisa habitó simultáneamente ambas posiciones —discípula de mujeres con mayor experiencia y figura materna para sus alumnas— es fundamental para entender el tipo de liderazgo que construyó dentro de la institución.

Lazos inquebrantables de amistad y admiración. Elisa Valdés, líder y amiga

Elisa Valdés nació el 17 de octubre de 1894. Fue la segunda de cinco hermanos, con quienes compartió los privilegios de pertenecer a la élite chilena. Desde muy pequeña se la caracterizó como una persona mimada y tímida, que buscaba siempre la tranquilidad de la naturaleza y el silencio, el cual encontraba durante sus estadías en la hacienda

familiar “El Huape” en Cunaco, durante los veranos. Sus padres, preocupados por su timidez, decidieron ingresarla tempranamente al colegio Sagrado Corazón de la Alameda, lugar en el cual encontró su voz de liderazgo y consagró su devoción a la Iglesia, una pasión que fue fuertemente reforzada en su hogar. Este entorno formó en ella una devoción profunda que guiaría toda su vida adulta (*Elisa Valdés Ossa, Su vida*).

Durante gran parte de su vida, Elisa Valdés estuvo en búsqueda de su propósito. Si bien trabajó constantemente junto a su madre en diferentes actividades tanto políticas como benéficas, Elisa sentía que aún no lograba saciar su anhelo de servicio a la Iglesia¹³. Aunque Elisa no tuvo hijos ni contrajo matrimonio, no logró convertirse en religiosa debido a múltiples problemas de salud, por lo cual estaba a la espera de su misión como mujer católica. La propuesta de su amiga Ena fue finalmente aquel mensaje que Elisa había esperado por más de veinte años.

Como fundadora y líder del Hogar Catequístico, Elisa asumió el rol de madre y formadora, una de las posiciones públicas más admiradas por la sociedad en la década de 1930. Desde esta posición de madre educadora, Elisa logró consagrar e impulsar la incorporación de más mujeres hacia la sociedad civil mediante el acceso ofrecido a una educación profesionalizante. Como madre de las alumnas del Hogar, Elisa Valdés promovió la agencia y la unión femenina mediante la enseñanza del trabajo en equipo y la promoción de vínculos filiales como la amistad y la generosidad. Para consagrar dichos propósitos, tanto las estudiantes como las egresadas eran invitadas a participar de fiestas, almuerzos y reuniones organizadas en el Hogar. Así, aquellas que estuviesen trabajando podrían forjar lazos y guiar a las nuevas alumnas en su carrera como maestras de religión (Archivo del Hogar Catequístico, s. f., p. 72; Valdés, 1946, p. 9).

Tras liderar el Hogar Catequístico por más de treinta años, el 30 de abril de 1967 Elisa Valdés presentó su renuncia al Rector de la Pontificia Universidad Católica, Mons. Don Alfredo Silva Santiago

13 Elisa Valdés participó en diferentes organizaciones del apostolado como la Sociedad Femenina de las Conferencias de San Vicente de Paul y la Liga de Damas, la Sociedad Nacional de Profesores, las “Damas Protectoras del Obrero”, entre otras. Para conocer en mayor profundidad la vida y obra véase Undurraga y Bravo (2025).

(*Renuncia Elisa Valdés*, 1967). Su retiro de la institución a la cual había dedicado su vida generó una profunda conmoción en la directiva y sus alumnas, a quienes dedicó una afectuosa carta. La carta comenzaba con una frase que representa el sentido más puro de amistad política: “Muy queridas amigas y compañeras de trabajo” (*Carta despedida Elisa Valdés*, 1967). La amistad política requiere, en efecto, de estos dos grandes ejes: los vínculos emocionales como el amor, la admiración y la confianza, pero también el reconocimiento mutuo dentro de un espacio político y laboral. Así, Elisa se despidió de sus queridas amigas, manifestándoles su “sincera y profunda gratitud por toda la magnífica, inteligente y abnegada cooperación”, un claro reconocimiento de sus afectos, su admiración y gratitud hacia sus compañeras (*Carta despedida Elisa Valdés*, 1967).

Si bien en la actualidad los vínculos de amistad permiten la construcción de relaciones horizontales (Abel, 1981, p. 427), es decir relaciones en las cuales hay una igualdad de poder dentro del núcleo de amigas, a finales de la década de 1960 podemos apreciar la existencia de una amistad mucho más jerarquizada y vertical. Es decir, una relación basada en dinámicas de poder asimétricas en la que la líder tomaba las riendas del proyecto, muchas veces sin tener en cuenta las ideas de las demás (Gaviola, 2018, p. 26). Ejemplo de ello son las disculpas que ofreció Elisa a sus amigas por “su apasionado y vehemente carácter para actuar y discutir”, reconociendo que esto pudo haberlas herido en más de una ocasión (*Carta despedida Elisa Valdés*, 1967). Más allá de las disculpas, las palabras de Elisa nos demuestran las estrategias de liderazgo que utilizó para mantener el orden y control del grupo. Elisa hizo uso de emociones asociadas a la masculinidad y el paternalismo, como el enojo, que solía ser solapado bajo la vehemencia y la pasión (Frevert, 2011, pp. 87-89). Desde esta posición masculina, su voz se volvió menos cuestionable y más autoritaria, reproduciendo las formas de una amistad patriarcal, pero con la culpa femenina del cuestionamiento de cómo sus acciones pudieron afectar a las demás.

Elisa no se despidió definitivamente de la institución, sino que nombró directora a quien consideró su sucesora, Carmen Ruiz-Tagle, y dejó un plan de trabajo claro para el futuro del hogar. Dejó a sus amigas la misión de mantenerse unidas, mantener el espíritu de

piEDAD hasta ahora imperante en el hogar y defender el propósito y la orgánica de su creación (*Carta despedida Elisa Valdés*, 1967). En otras palabras, que la institución no perdiese su misión católica de formar a profesoras para que pudiesen transmitir tanto el amor a Dios como el espíritu de servicio a la Iglesia en la infancia.

Por último, Elisa solicitó explícitamente “que haya siempre una mujer como presidenta y un directorio femenino con mayoría que no suelte la responsabilidad jurídica y que maneje las finanzas. Solo esto, porque para ustedes el Hogar Católico es su obra y no pueden exponerla” (*Carta despedida Elisa Valdés*, 1967). Esta, su última voluntad, refleja el nivel de conciencia sobre los derechos civiles de las mujeres y la necesidad de luchar por ellos de forma constante para no perder lo que se había construido con esfuerzo y sacrificio (Veneros, 1997, p. 30). En cierto modo, la amistad política fue también una estrategia femenina utilizada para reclamar y ganar espacios históricamente negados a las mujeres, como la educación profesional. Esta colectividad permitió el éxito de muchos proyectos que, de haber surgido de individuales, probablemente no habrían logrado alcanzar el nivel de impacto y desarrollo que tuvieron instituciones como el Hogar Catequístico. Sin embargo, pese a la voluntad de Elisa y los esfuerzos de sus amigas, el Hogar Catequístico dejó de ser dirigido por mujeres en 1975, cuando la Universidad Católica tomó el control de la institución manteniendo cómo líderes a hombres religiosos hasta la actualidad. Las dinámicas de género dentro de las instituciones educativas y religiosas han funcionado sobre la base de la imposición del liderazgo masculino. El caso del Hogar Catequístico ilustra cómo ese liderazgo se consolida incluso mediante la apropiación de proyectos originalmente creados y liderados por mujeres.

Como despedida a Elisa Valdés, las directoras del Hogar dispusieron un álbum de firmas para que quienes quisieran pudieran dedicarle unas palabras a la fundadora. Esta invaluable fuente está colmada de amor, gratitud, amistad y reconocimiento. En él queda patente el significado de la figura de Elisa para los miembros de la iglesia, como obispos y sacerdotes amigos, el rector de la Universidad Católica y las amigas, maestras y alumnas del Hogar, que miraban con admiración su trabajo. Junto a más de cien firmas se pueden apreciar mensajes sobre la obra de Elisa, pero también sobre su valor como amiga dentro

de la inmensa comunidad femenina que impulsó. Tal y como señaló Elisa: “El Hogar era una gran familia y nos sentíamos felices de trabajar juntas en un mismo ideal” (Libro Álbum III-2, 1967, p. 22).

Conclusión

El recorrido por la Liga de Damas y el Hogar Catequístico revela que la amistad política no fue un fenómeno marginal en la historia del femenino chileno, sino su condición de posibilidad. Durante la primera mitad del siglo XX, las mujeres de élite, desde su posición privilegiada, canalizaron su devoción religiosa y sus convicciones morales en la creación de organizaciones destinadas a preservar la hegemonía de los valores religiosos y conservadores en los ámbitos privado y público. Con la firme convicción de que sus obras eran un aporte para la iglesia, la nación y principalmente para otras mujeres, líderes como Elisa y Amalia no tuvieron miedo de tomar sus ideas y transformarlas en acciones. Seguras de sus diagnósticos sobre las carencias de la sociedad chilena, estas mujeres supieron dar respuesta y soluciones mediante prácticas políticas. Para acceder a las esferas de poder y permear las formas políticas de una sociedad patriarcal donde el Estado republicano las había excluido históricamente del espacio cívico y público. Estas mujeres desarrollaron estrategias de acción desde el trabajo colaborativo y colectivo, construyendo y ampliando redes que asegurasen el éxito de sus proyectos.

La amistad política fue, por tanto, el factor determinante en el éxito de las asociaciones femeninas de la primera mitad del siglo XX, y además se constituyó como la principal matriz para nuevas formas de interacción femenina en escalas de mayor envergadura. Gracias al poder individual que les otorgaba el apoyo de la amistad política, estas mujeres lograron derribar barreras y abrir caminos, generando oportunidades concretas de profesionalización y educación, derechos que en las primeras décadas del siglo pasado eran lejanos y, con frecuencia, inaccesibles.

Las formas de amistad identificadas dentro de la orgánica de estas asociaciones femeninas respondieron a los sistemas familiares y sociales en los que se habían formado las mujeres de élite. En un



contexto donde los hombres de sus familias participaban activamente en la política nacional y sus madres se dedicaban a la beneficencia, encontraron un espacio para ejercer su influencia. Esta conciencia de sus privilegios las impulsó a utilizar su capital económico, cultural y social, lo que las llevó a trabajar exhaustivamente, a menudo de manera *ad honorem*, en proyectos asociativos.

Con frecuencia, financiaban estas iniciativas con recursos familiares, evidenciando así su compromiso con la causa y su deseo de impactar positivamente en la sociedad. En efecto, aquellas mujeres que tuvieron total control sobre sus bienes fueron aquellas que destinaron mayores recursos a proyectos a los que estaban vinculadas o querían impulsar. Por ejemplo, Amalia Errázuriz de Subercaseaux, tras los años dedicados a la crianza de sus hijos y enfrentar dolorosas pérdidas, pudo canalizar su tiempo y los recursos familiares hacia causas en favor de las mujeres. De manera similar, Elisa Valdés, que al permanecer soltera pudo decidir cómo invertir su tiempo y los bienes heredados por sus padres a los proyectos que consideraba importantes. Este fenómeno no solo resalta su capacidad para influir en la esfera pública, sino que también pone de manifiesto cómo su intervención estaba intrínsecamente ligada a la preservación de los valores tradicionales. A través de sus acciones, construyeron un puente entre sus creencias personales y su deseo de contribuir a la sociedad, posicionándose como agentes activos en un entorno que tradicionalmente las había relegado a un rol secundario.

La Liga de Damas, fundada en 1912, buscaba la moralización de la sociedad moderna y se comprometió a mejorar la calidad de vida de las mujeres de clases populares. Por su parte, el Hogar Catequístico, establecido en 1936, se centró en un modelo educativo que promovía la profesionalización femenina y la cristianización de la sociedad contemporánea. Ambas organizaciones compartían importantes similitudes, ya que surgieron de conversaciones entre amigas dedicadas a la vida asociativa y apostólica, reflejando así el papel fundamental de las relaciones personales y las emociones en su formación. Estas asociaciones no solo funcionaron como plataformas de acción social y religiosa, sino que también se establecieron como espacios donde lo personal y lo político se entrelazaron de manera indisoluble. Los lazos afectivos y la admiración mutua entre las

mujeres de la Liga fueron esenciales para transformar su compromiso privado en una causa colectiva, impactando significativamente en la sociedad chilena de su época. Su labor no solo benefició a las mujeres de clases populares, sino que también contribuyó a redefinir el papel de la mujer en la esfera pública y en la comunidad religiosa.

En este contexto, tanto Amalia como Elvira, líderes de estas organizaciones, adoptaron estrategias de liderazgo asociadas a las figuras de “madre” y “maestra”, reflejando un enfoque paternalista en su gestión. Este tipo de amistad patriarcal, lejos de ser impuesta, fue promovido y avalado por las mismas integrantes, consolidando así el poder de la líder sobre las demás. Igualmente, ambas promovieron diferentes formas de amistad, algunas más horizontales que otras, fomentando un sentido de compañerismo y solidaridad entre las integrantes. Estas relaciones se convirtieron en pilares fundamentales para la organización y expansión de la Liga de Damas y del Hogar Catequístico. Lejos de ser una contradicción, la convivencia entre horizontalidad y jerarquía dentro de estas amistades revela que la agencia femenina en la primera mitad del siglo XX no se construyó en oposición al orden patriarcal, sino negociando con él.

Entre las diversas formas de amistad que emergieron, una de las más notables fue la amistad política transnacional. A diferencia de los vínculos locales, este tipo de relación conecta a mujeres de distintos países a través de una resonancia emocional común hacia ideales, valores y desafíos compartidos, fenómeno que podemos leer a través del concepto de «comunidades emocionales» de Rosenwein. Amalia y Elisa pertenecían a múltiples comunidades de ese tipo: compartían la experiencia social e histórica de mujeres de élite en América del Sur, leían a los mismos autores y sostenían correspondencia activa con sus pares en otros países, lo que Rosenwein denominaría “comunidades textuales”. Estos lazos explican que, al conocerse en persona con mujeres de América Latina, Europa o las provincias chilenas, tanto Amalia como Elisa sintieran de inmediato una amistad ya construida a distancia. La Liga de Damas y el Hogar Catequístico son ejemplos precisos de cómo esa amistad transnacional se materializó en redes concretas de colaboración, convirtiendo cada vínculo afectivo en un recurso político para la acción colectiva.

El alcance transnacional de estas redes abre una línea de investigación que este artículo apenas puede esbozar. Queda por explorar en profundidad cómo estas conexiones entre mujeres católicas de élite a escala iberoamericana influyeron en la circulación de modelos organizativos, en el empoderamiento femenino y en la construcción de solidaridades que trascendieron las fronteras nacionales. Lo que el caso de Amalia y Elisa sí permite afirmar es que la amistad política no operó únicamente en el espacio doméstico o local, sino que encontró en la escala transnacional una de sus expresiones más poderosas.

Este fenómeno de amistad femenina, como proceso de larga duración, experimentó una profunda transformación tras la segunda ola feminista de los años 70'. La liberación sexual y la consagración de derechos femeninos permitieron descolonizar la noción tradicional de amistad, hasta entonces dominada por paradigmas masculinos, y construir nuevas formas de fraternidad entre mujeres. Estas nuevas dinámicas aspiraban a un sistema más horizontal, inclusivo, antirracista y feminista. En la actualidad, el concepto de amistad política se presenta como un valioso eje de análisis para comprender los movimientos sociales históricos y contemporáneos, particularmente aquellos liderados por mujeres, pues nos permite examinar cómo los vínculos afectivos han moldeado la acción colectiva, la solidaridad y la resistencia en diversos contextos a lo largo del tiempo. El caso de Amalia y Elisa demuestra que la amistad política operó simultáneamente como mecanismo de reproducción del orden social y como instrumento de agencia femenina, y es precisamente en esa doble condición donde reside su potencia analítica. Explorar esa tensión en otros contextos históricos y geográficos —en otros feminismos, otras clases sociales, otras tradiciones religiosas— es uno de los desafíos que este artículo deja abiertos.

Referencias bibliográficas

- Abel, E. (1981). Merging identities: The dynamics of female friendship in contemporary fiction by women. *Signs*, 6(3), 413–435.
- Ahmed, S. (2014). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Allen, P. (2000). *Free space: A perspective on the small group in women's liberation*. Times Change Press.
- Antezana-Pernet, C. (1994). Peace in the World and Democracy at Home. The Chilean Women's Movement in the 1940s. David Rock (ed.), *Latin America in the 1940s. War and Postwar Transitions* (pp. 166-186). University of California Press.
- Araneda, F. (1986). *Historia de la Iglesia en Chile*. Ediciones Paulinas.
- Bergot, S. (2018). La retórica del dolor. Construcción del yo religioso en las mujeres de elite (Chile, 1870-1920). En R. Gaune y C. Rolle (Eds.), *Homo dolens. Cartografía del dolor: sentidos, experiencias, registros* (pp. 134–148). Fondo de Cultura Económica.
- Bergot, S. (2013). *Entre "pouvoir" et "devoir": Dynamiques internes et construction sociale d'une famille de l'élite chilienne: Le cas des Errázuriz Urmeneta, 1856–1930* [Tesis doctoral, Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne y Pontificia Universidad Católica de Chile]. <https://www.proquest.com/openview/c9604c056829a503703bd3dbdac613a1/1?pq-origsite=gscholar&cbl=2026366&diss=y>
- Bravo, V. (2022). La amistad entre Martina Barros de Orrego y Delia Matte de Izquierdo como gesto político bajo la plataforma del Club de Señoras en la primera década del siglo XX. En Y. González y V. Undurruga (Coords.), *Hilvanando emociones. Rupturas y vínculos desde lo femenino. Chile y Argentina, siglos XVII al XX* (pp. 275–305). Universidad de Huelva.
- Butler, J. (1988). Actos performativos y constitución del género: Un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Debate Feminista*, 18, 296–314. JSTOR. <https://www.jstor.org/stable/42625381>
- Caine, B. (2014). *Friendship: A history*. Routledge.



- Cvetkovich, A. (2012). *Depression: A public feeling*. Duke University Press.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: Intersectionality, feminism, and violence against women. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241–1300.
- De la Taille-Trétinville, A. (2011). Tras las huellas de la educación católica femenina en el siglo XIX. En A. M. Stuvén y J. Fermandois (Eds.), *Mujer y cultura. Historia de las mujeres en Chile* (Vol. 1, p. 311). Aguilar Chilena de Ediciones.
- De la Taille-Trétinville, A., y Ponce de León, M. (2009). Mujeres católicas y caridad activa: Agentes de cambio en las formas de protección de la nueva pobreza urbana, Santiago 1850–1890. En F. Berríos, J. Costadoat, y D. García (Eds.), *Catolicismo social chileno. Desarrollo, crisis y actualidad* (pp. 115–137). Universidad Alberto Hurtado.
- Della Sudda, M. (2013). Réseaux catholiques féminins. Une perspective de genre sur une mobilisation transnationale. *Genre y histoire*, 12–13. <https://journals.openedition.org/genrehistoire/1872>
- Evans, S. (1979). *Personal politics: The roots of women's liberation in the civil rights movement and the New Let*. Knopf.
- Frevort, U. (2011). *Emotions in history: Lost and found* (pp. 87–89). Central European University Press.
- Friedman, M. (1994). *What are friends for? Feminist perspectives on personal relationships and moral theory*. Cornell University Press.
- Gajardo, J. (2013). *La formación de profesoras primarias. Historia de la Escuela Normal Santa Teresa (1907–1974)* [Tesis de magíster, Pontificia Universidad Católica de Chile].
- Gaviola, E. (2018). Apuntes sobre la amistad política entre mujeres. En Gaviola, E., y Korol, C. *A nuestras amigas: Sobre la amistad política entre mujeres*. Pensaré Cartonera. 5-30.
- Gazmuri, C. (2001). *El Chile del centenario, los ensayistas de la crisis*. Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

- Hanich, C. (2021). The personal is political. En A. K. Shulman y H. Moore (Eds.), *Women's liberation! Feminist writings that inspired a revolution and still can* (pp. 82–85). Library of America.
- Korol, C. (2018). El feminismo compañero de las compañeras feministas. En Gaviola, E., y Korol, C. *A nuestras amigas: Sobre la amistad política entre mujeres*. Pensaré Cartonera. 30-35.
- Hemmings, C. (2012). *Affective solidarity: Feminist reflexivity and political transformation*. *Feminist Theory*, 13(2), 147–161.
- Hooks, b. (1982). *Ain't I a woman? Black women and feminism*. Pluto Press.
- Hutchinson, E. (2006). *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1900–1930*. LOM.
- Hutter, H. (2006). *Politics as friendship*. Wilfrid Laurier University Press.
- Lagarde y de los Ríos, M. (2012). *El feminismo en mi vida. Hitos, claves y topías*. Instituto de las Mujeres del Distrito Federal.
- Lavrin, A. (2005). *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890–1940*. Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Maza, E. (1995). Catolicismo, anticlericalismo y extensión del sufragio a la mujer en Chile. *Estudios Públicos*, 58, 137–195.
- Montalva, P. (2013). La vida elegante. Mujer y distinción en Chile, 1900–1940. En A. M. Stuyen y J. Fernandois (Eds.), *Historia de las mujeres en Chile* (Tomo II, pp. 157–198). Taurus.
- Montero, C. (2010). *Textos en contexto. Discursos feministas en revistas feministas, y su relación dialógica con los discursos sociales, Chile 1930–1939* [Tesis de magíster, Universidad de Chile]. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/108667>
- Montero, C., y Robles, A. (2017). Voz para la mujer. La prensa política de mujeres en Chile, 1900–1929. *Trashumante: Revista Americana de Historia Social*, 9, 122–143.
- Nussbaum, M. C. (2013). *Political emotions: Why love matters for justice*. The Belknap Press of Harvard University Press.
- Offen, K. (2015). *Feminismos europeos, 1700–1950*. Una historia política. Ediciones Akal.



- Pedrero, M. G. (2014). La Institución Teresiana ensancha sus fronteras: Chile. En F. Rosique (Ed.), *Historia de la Institución Teresiana (1911–1936)*. Sílex Ediciones.
- Ponce de León, M. (2011). *Gobernar la pobreza. Prácticas de caridad y beneficencia en la ciudad de Santiago, 1830–1890*. Centro de Investigaciones Barros Arana, DIBAM, Editorial Universitaria.
- Raymond, J. (2001). *A passion for friends: Toward a philosophy of female affection*. Spinifex Press.
- Robles, A. (2013). *La Liga de Damas Chilenas, De la cruzada moralizadora al sindicato femenino católico, 1912-1918*. [Tesis de magíster, Universidad de Chile]
- Rodríguez Martínez, P. (2010). Feminismos y solidaridad. *Revista Mexicana de Sociología*, 72(3), 445–466.
- Romero, L. A. (2007). *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile 1840–1895*. Ariadna Ediciones.
- Rosenwein, B. (2006). *Emotional communities in the Early Middle Ages*. Cornell University Press.
- Roux, S. (2021). Affects. En J. Rennes (Ed.), *Encyclopédie critique du genre* (éd. Revue augmentée, pp. 37–46). La Découverte.
- Saint-Martin, L. (2015). Friendship is better than family: Women’s friendships in Quebec fiction. *Revista Latina de Sociología*, 5, 150–162.
- Salazar, G. (2019). *Patriarcado mercantil y liberación femenina (Chile, 1810–1939)*. Debate.
- Salazar, G., y Pinto, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile IV. Hombres y feminidad*. LOM Ediciones.
- Serrano, S. (1994). *Universidad y nación: Chile en el siglo XIX*. Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Serrano, S. (2008). *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845–1885)*. Fondo de Cultura Económica.
- Stabili, M. R. (2001). Las mujeres y el sufragio en el Chile liberal (1875–1917). En B. Potthast (Ed.), *Mujeres y naciones en América Latina. Problemas de inclusión y exclusión*. Biblioteca Ibero-Americana.

- Stuven, A. M. (2003). Ser y deber ser femenino: La Revista Católica, 1843–1874. En P. Alonso (Ed.), *Construcciones impresas: Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820–1920*. Fondo de Cultura Económica.
- Stuven, A. M. (2005). Historia del feminismo en Chile: Avances en la consolidación republicana. En N. Alsina y A. Riquelme (Eds.), *Chile, historia y presente: Una visión interdisciplinaria*. Dirección de Relaciones Internacionales, Universidad Católica de Chile.
- Stuven, A. M. (2008). El asociacionismo femenino: La mujer chilena entre los derechos civiles y los derechos políticos. En S. Montecinos (Ed.), *Mujeres chilenas: Fragmentos de una historia*. Catalonia.
- Undurraga, V., y Bravo, V. (2025). *Las que abrieron el camino. Historia de las mujeres en la Pontificia Universidad Católica de Chile 1877–1950*. Ediciones UC.
- Veneros, D. y Ayala, P. (1997). Dos vertientes del movimiento proemancipación de la mujer en Chile: feminismo cristiano y feminismo laico. En Veneros, D. (ed.), *Perfiles Revelados. Historias de mujeres en Chile siglos XVIII-XX*. Editorial Universidad de Santiago, LOM Ediciones, pp. 41-62.
- Verba, E. K. (1999), *Catholic feminism and Acción Social Femenina (Women 's Social Action): The Early Years of the Liga de Damas Chilenas, 1912-1924*. Ph.D. diss. University of California.
- Vicuña, M. (2010). *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de élite*. Catalonia.
- Yalom, M., y Donovan Brown, T. (2018). *Entre mujeres. Una historia de la amistad femenina*. Paidós.

Fuentes archivísticas

- Archivo del Hogar Catequístico. (1936–1954). Actas Hogar Cultural Femenino.*
- Archivo del Hogar Catequístico. (1939, abril 13). Actas Hogar Cultural Femenino (p. 16).*
- Archivo del Hogar Catequístico. (s. f.). Libro Álbum 01 (foto 14).*



- Archivo del Hogar Catequístico. (s. f.). Libro Álbum 03* (documentos 69–72, “La señora Elisa Valdés Ossa. Carta de María Correa Álamos”, p. 72).
- Archivo del Hogar Catequístico. (s. f.). Libro Álbum 03* (foto 03, “Hogar Catequístico. Carta despedida Elisa Valdés Ossa”).
- Archivo del Hogar Catequístico. (s. f.). Libro Álbum II* (foto 88, “Hogar Catequístico. Texto renuncia de la Srta. Elisa Valdés Ossa”).
- Archivo del Hogar Catequístico. (1967, junio). Libro Álbum III-2* (foto 22 de 23, “Carta de despedida de la Srta. Elisa Valdés Ossa a cada una de las maestras de religión del Hogar Catequístico”).
- Archivo del Hogar Catequístico. (s. f.). Libro fotos 01* (foto 08, “Elisa Valdés Ossa, su vida”).
- Archivo Histórico UC. (s. f.). Caja 44, carpeta 3, documento 2, “Enseñanza del Catecismo”.*
- Archivo Histórico UC. (1950). Caja 50, carpeta 6, documento 4, “Hogar Catequístico”* (p. 5).
- Archivo Histórico UC. (1942, junio 25). Fondo 2, “El Consejo Superior acordó aprobar el título de Educadora Familiar”.*
- Cuesta, C. (1944). Residencia universitaria.*

Fuentes impresas institucionales

- Cifuentes, A. (1883, agosto). Memorias de A. Cifuentes. Círculo Católico. *De la Juventud Ilustrada*, 2, 715–716.
- Sociedad Centro Cristiano. (1905). Octava memoria de la Sociedad. Imprenta y Encuadernación.
- Origen y fundación del Hogar. (1946). Hogar Catequístico. Instituto anexo a la Universidad Católica.* Imprenta Stanley.
- Valdés, E. (1946). Vida del Hogar en sus diez años. En *Hogar Catequístico. Instituto anexo de la U.C. de Chile. Recuerdo del 10º aniversario de su fundación, 4 de agosto de 1936–4 de agosto de 1946* (p. 12). Imprenta El Esfuerzo.
- Valdés Ossa, E. (2005). *Una lámpara que ilumina en el tiempo... Fundación HC Juana Ossa de Valdés.* (Sin imprenta)

Fuentes hemerográficas

- Edwards de Salas, A. (1912, abril 20). Teatro antiguo y moderno. Su influencia en la sociedad. Necesidad de combatir su inmoralidad actual. *Revista Católica*, 22(257), 611.
- Errázuriz de Subercaseaux, A. (1929, septiembre). Los cuarenta años de nuestra Universidad Católica. *Revista Universitaria*, 14(7), 796–798.
- El Eco de la Liga de Damas*. (1912, agosto 1–1915, mayo 15).
- La primera reunión. (1912, agosto 1). *El Eco*, año I, n.º 1, 6.
- A las adherentes. (1913, julio 15). *El Eco*, año I, n.º 22, 1.
- Más instrucción para la mujer. (1914, febrero 15). *El Eco*, año II, n.º 36.
- Asamblea Nacional. (1915, enero 1). *El Eco*, año III, n.º 59, 1.
- La Cruzada*. (1915, junio 1–1917, diciembre 19).
- Avances de la instrucción femenina. (1915, junio 1). *La Cruzada*, año III, n.º 67.
- Subercaseaux, B. (1946). *Amalia Errázuriz de Subercaseaux*. Talleres Gráficos de la Cía. Impresora Argentina.

Documento digital

- Biblioteca Nacional del Congreso de Chile. (2024, junio 12). José Florencio Valdés Cuevas. Reseñas biográficas parlamentarias. Congreso Nacional de Chile. https://www.bcn.cl/historiapolitica/resenas_parlamentarias/wiki/Jos%C3%A9_Florencio_Vald%C3%A9s_Cuevas

